





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección : HEMEROTECA

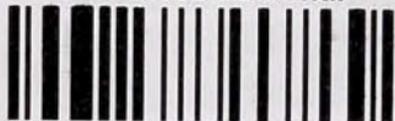
Volúmenes de la obra.....

.....

Ubicación123

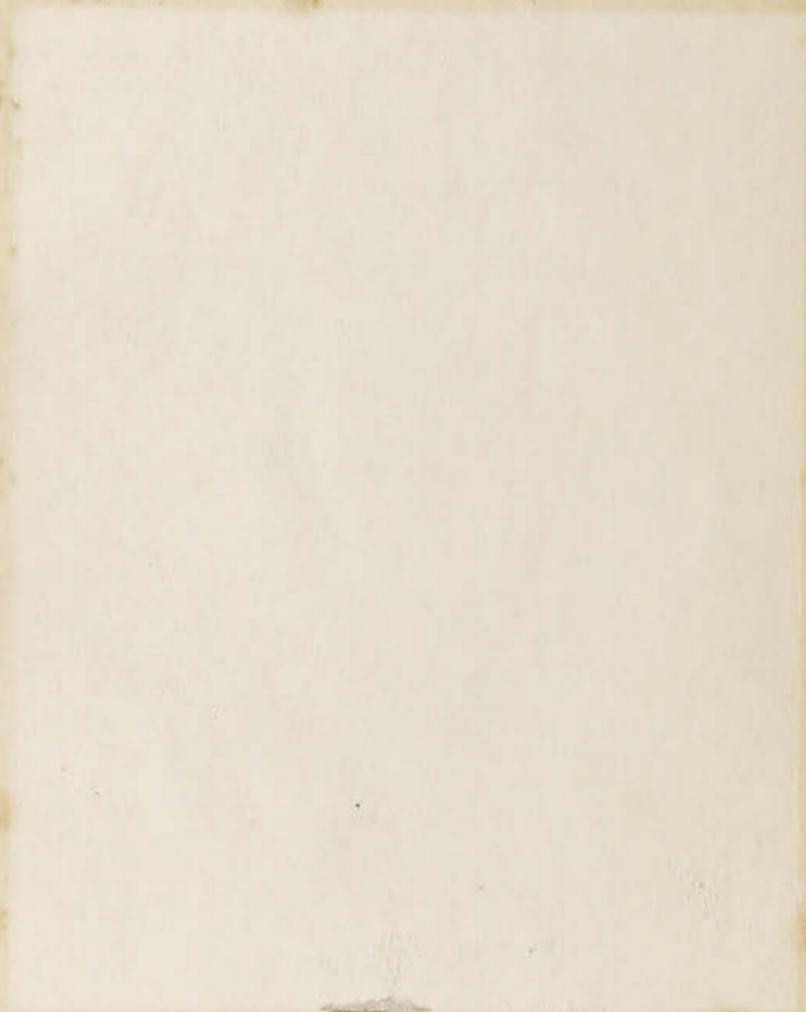
(38-12.)

Biblioteca Nacional



911134





JUVENTUD



Pérez Galdós

(Apunte del natural por Vásquez Díaz)

AÑO II :: Núm. 9
MAYO
———— 1920 ————

Imp. «MODERNA»
Ofic. Central: Morandé 320
Teléfono Inglés 1711

REVISTA MENSUAL
EDITADA POR LA
FEDERACION DE ESTUDIANTES
DE CHILE

SUMARIO

AL MARGEN DE PÉREZ GALDÓS, por Armando Donoso.

ANTE EL CADÁVER DE PÉREZ GALDÓS, por Edo. Marquina.

NUESTROS CRÍTICOS.—*Eliodoro Astorquiza*, por Fernando G. Oldini.

EN TORNO A LA MUERTE DE RODÓ, por Julian Sorel.

NORMA, por Lautaro García.

LA SENDA CLARA, por Pascual Venturino.

INICIATIVAS DOCENTES, por Rudecindo Ortega M.

POR LA TRISTEZA DE TUS OJOS, por Angel Cru-
chaga S. M.

DOLOR DE EVOCAR EL PASADO.—NADIE CONOCE
MIS PENAS, por Enrique Ponce.

IMPRESIONES DE WASHINGTON, por Enrique
Molina.

POLVO DORADO.—A UN GRILLO, por Armando
Carrillo Ruedas.

DISCURSO del Dr. Santin C. Rossi en honor
del Dr. Fontecilla, en Montevideo.

LA FÉ DEMOCRÁTICA, por el Dr. Fontecilla.

DE “LOS POEMAS CRISTIANOS.”—DE “LOS SAL-
MOS AMOROSOS,” por Armando Blin.

EL PECADO DE JUVENTUD.—Acto III, por Gui-
lermo Bianchi.

EDUCACIÓN FÍSICA, del Dr. Mauricio Boigey.

JUVENTUD

REDACCION Y ADMINISTRACION: AHUMADA 73

Mayo de 1920

Al margen de Pérez Galdós

Las Almas Ardientes

(Fragmento de un estudio)

No fué Pérez Galdós escritor muy dado a cultivar una cómoda simbología en sus novelas, talvez porque siempre tuvo el entero valor de encarar la realidad de su época llamando al pan, pan, y al vino, vino. Ni en sus Episodios, en los que trató las más delicadas cuestiones históricas, de esas que los pueblos veneran como a las imágenes en los templos; ni en sus Novelas Contemporáneas, en cuyas páginas mostró viva y palpitante a la sociedad y al pueblo españoles de promedios del pasado siglo, con sus virtudes y sus defectos, con sus pasiones incestuosas y sus rigorismos fanáticos, jamás don Benito buscó fáciles eufemismos o revesadas alegorías a fin de diluir al uno por mil sus ideas, que siempre fueron firmes y resueltas. Los símbolos, cuando intervienen en sus novelas,

constituyen un simple recurso artístico, que en ningún caso perturba o violenta la naturalidad del asunto. Porque Galdós, como Zola o Tolstoy, tuvo siempre la firme conciencia de su labor, cuyo profundo y a veces apasionado arraigo humano le costaron más de una mordedura y más de una póstuma reserva de gratuitos enemigos que no pudieron tener esa noble entereza de que dió pruebas Pereda cuando escribió «Sotileza» para refutar a «Gloria», como don Benito había replicado con esta su novela a «El escándalo» de Alarcón.

La acción ideológica que se convierte en motivo alegórico o en prédica doctrinaria campea y suele ser frecuente en algunas de sus obras: ahí están «La primera república», «Nazarín», «Tarquemada», «Miau», «Amadeo I», «El caballero encantado», «Realidad», «La sombra», en cuyas paginas puede estudiarse en toda su amplitud la ideología galdosiana y la realidad del problema español, Hombre de su época y de su hora, don Benito fué un realista en el más amplio sentido de la palabra y como tal siempre vivió preocupado del progreso de su pueblo y del advenimiento de las nuevas ideas que comenzaban a transformar las instituciones en el continente.

Ninguno antes que él, ni Feijoo, ni Jovellanos, ni Larra, sintió más por lo vivo el problema social y moral de su pueblo: sus Episodios y sus Novelas Contemporáneas constituyen la más alta glorificación y la más dolorosa censura de un país en cuyos hechos anduvieron siempre fundidos en estrecho maridage el impulso noble y el ruín fana-

tismo destructor; que suele volar en alas de las grandes aspiraciones o arrástrase cegado por la venganza y la inconciencia.

Pérez Galdós, que fué el más elocuente vocero de su raza; que escribió la epopeya de un pueblo durante un siglo, pensó también a tiempo como Costa y antes de la triste guerra de Cuba, que España debía ponerle doble vuelta de llave al sepulcro del Cid.

NAZARIN

¡Nada más triste que un apóstol colocado fuera del medio que le debió deparar el destino! Nazarin pudo nacer y vivir en el siglo trece, en los tristes y oscuros años medioevales, de inquietas supersticiones y fatídicos terrores; pero, en los ajitados días de la pasada centuria, su presencia no podía constituir más que un romántico anacronismo.

Nazarin, apostólico, ungido con el óleo de la Iglesia y arrojado de ella por encubridor de livianos pecadores; Nazarin, capaz de vivir tan sólo añorando días mejores que los actuales de crudo materialismo; Nazarin, místico empedernido e incorruptible, protector de tristes ramera y de astrosos vagabundos; Nazarin, pobre y piadoso como el santo de Umbría, es el símbolo del cristiano puro, del varón evangélico; una especie de Cristo perdido y claudicante, sin más discípulos que sus misérrimos protegidos.

Y como la Iglesia y sus fieles no conciben santidad sin ortodoxia, he aquí que Nazarin no pasa

de aparecérselos sino como un herege, un simple prevaricador, que en el severo antaño inquisitorial hubiera llegado a purificar sus faltas con sus carnes temblorosas tostadas sobre los carbones encendidos del Santo Oficio.

BENINA

¡Qué obra tan triste y desolada es aquella inolvidable «Misericordia» del maestro! Casi no se llega a pensar en una novela porque el asunto y la intriga no existen: sólo nos la imaginamos como un cuadro, como una escena animadísima, como una tajada de vida, que decía el poeta.

Benina, mujer del pueblo, resignada y querendona, encarna el tipo de la criada fiel, que sólo vive para la casa en la cual sirve. Tras contiúas dilapidaciones, su patrona viene a menos y se encuentra en la indigencia y acaso caería en la miseria si Benina no llegase hasta la vecina iglesia a tender la sarmentosa mano, aguardando la limosma que ella sabrá convertir en el pan de cada día para el hogar, sin que su patrona logre saberlo. Una mañana, al regresar Benina, encuentra la buena nueva de que ha llegado una herencia providencial y con ella la hora de su infortunio, porque la arrojan de la casa pagando toda su abnegación con una dádiva.

Benina, en medio de los mendigos, tiene el valor de un símbolo: es toda la humanidad que aún se revuelve en la miseria y que, en su inconciencia, parece ser feliz porque no tiene más preocupación que la del avaro mendrugo.

¡Cuánta ternura y cuánta misericordia fluye de esta abnegada y compasiva figura de mujer! ¡Cómo interesa y conmueve también, en medio de ese ambiente popular, la figura resplandeciente del ciego Almudena, Job astroso con el cerebro poblado de estrellas; extraño peregrino de todas las tierras con alma de romero, que sabe de gnomos y mujeres ideales, que nunca vislumbraran sus pupilas sin luz, y que llega a enamorarse de la ya anciana Benina, porque ella no es más que una ilusión!

TORQUEMADA

La trilogía novelesca de Torquemada podría tener un subtítulo: historia moral de un hombre a quien no redimió el dinero. En vano, en su miserable vida, recibe a tiempo las terribles anticipaciones de la muerte,—cuando caen su hijo y su esposa—porque Torquemada, tras una leve inquietud, que se traduce en obscuro remordimiento religioso, vuelve a ser el implacable avaro de siempre; sigue sintiendo la nostalgia de su cuchitril de los barrios bajos, que le obsede más que nunca en los momentos en que todos se inclinan ante él, cuando ha subido más alto y es banquero y noble y senador y se le consulta y se le adula. No; Torquemada no es feliz: su naturaleza ruda, su mezquindad ingénita, añoran la libre miseria de su madriguera usuraria, donde no se veía crucificado en medio de las convenciones sociales, a las que nunca podrá adaptarse. En vano su cuñada le

prepara un camino de seda para sus éxitos, le franquea las puertas más cerradas, le habla del lujo, de la elegancia, de la opulencia y de los caminos beatíficos de una salvación ultraterrena, porque el adusto Torquemada, tras entregarse, se fatiga, se asfixia, en un ambiente para el cual siente no haber nacido y muere casi tan impenitente como ha vivido, tan avaro y tan egoísta como siempre, porque en su sórdida comprensión de la vida jamás se dió a cavilar formalmente en otra posibilidad que en la de sus negocios terrenos, en los cuales la religión se le aparecía cual una simple *transacción*, como un *contrato bilateral* con el Ser Supremo, que para él sólo le significaba el *interés* de la salvación, pues su *conversión* podía ser tanto la de su alma como la de sus valores.

Quizá sólo en el caso del Angel Guerra don Benito intentó tan completa y profunda anatomía de un alma: el carácter fuerte, amargo y rudo de Torquemada, estudiado a través de todas sus adaptaciones momentáneas, que no logran aminorar su codicia ni debilitar su fiero egoísmo, a pesar de la muerte de su hijo y de su esposa, y a pesar también de la implacable acción de su cuñada que se vale del misionero a fin de ganar para la piedad aquella alma de prestamista, buscando el último camino de su futura redención, constituye un estudio sencillamente admirable, una creación impecable del maestro.

El alma estrecha y mezquina de Torquemada, que sólo supo vivir obsedida por los bajos intereses materiales del deber y del haber, no logró lle-

gar a su purificación a través de ninguno de los caminos porque, más fuerte que la muerte, fué su codicia.

ANGEL GUERRA

Alma forjada en el fuego de una pasión, espíritu encendido en la fé de un convencimiento profundo, revolucionario, descreído, lanzado como una flecha certera en la dirección de una finalidad, Angel Guerra se enamora un día y abdica ante el sentimiento humilde y ante el penetrante misticismo de una mujer. Ella pasa a encarnar un ideal y este ideal crea en él la religiosidad de un fuerte amor: Angel ama a Leré y Leré le corresponde a ese su amor ofreciéndole su fé y su cristiana virtud; él ha llegado al amor a través de la divina sugestión que la belleza de ella ha ejercido en sus sentimientos; su conversión, más que obra del razonamiento, lo fué del amor.

El sentimiento anticipó aquella conversión, ahorrando la necesaria crisis que debió consumir a Angel Guerra? ¿Acaso la pasión por Leré era el disfraz de una crisis moral más honda? ¿O es que la femenina sugestión llegó en el momento en que la reflexión metafísica había consumado la crisis? No: Angel Guerra se debe a un accidente tan instantáneo como profundo: la influencia de la belleza y de la correspondencia amorosa le mueven a ser un revolucionario arrepentido, que se transforma en un converso melancólico. Su amor no

se transmuta en una divina pasión mística, sino que en un fuerte y real objetivo humano.

LEÓN ROCH

A León Roch le acontece lo contrario que a Angel Guerra: acaso ha partido del mismo punto que este, ya es un libre pensador tranquilo, escéptico e indiferente en materia de fé, que sólo sueña en cumplir con un deber patriarcal formando una familia; pero, al unirse con María Ejiptiaca, la mística y santa mujer, que sólo vive para Dios en el seno de la Iglesia, se da cuenta, aunque un poco tarde, que ella en realidad no le pertenece porque, en todo momento, le pospondrá a su deber, a su esclavitud espiritual, a su vínculo religioso. ¡Pobre indefenso León Roch! ¿Qué podrá él contra la acción del confesionario, contra la constante presencia de Dios que embarga la débil voluntad de la esposa? Sólo el amor podría redimir a Maria Ejiptiaca, devolviéndosela entera, pero el amor se ha helado en su corazón cediéndole su dominio al deber, a la obediencia que el sacerdote le impone.

En vano León se desespera y sufre y cavila porque toda una tradición ha moldeado el alma de María; todo el sentimiento de una familia conformó su carácter a una estrecha norma de conducta; sentimiento de una casta en la cual, como tan justamente observaba Clarín, se daba toda esa terrible variedad del católico, que el novelista estudió de mano maestra: catolicismo de padres a hijos,

mantenido antes por sumisión que por libre exámen.

Allá, en lo más remoto de sus sueños, León Roch había soñado con un hogar tranquilo, en el cual el dulce contacto de la esposa hubiera mantenido el perfecto acuerdo, el calor del vínculo sagrado que pide la Iglesia; sin embargo, la realidad sólo le hace sentir su terrible aislamiento y la absoluta ausencia de ternura.

María Ejipciaca no ha sido, no llega ni puede llegar a ser liviana, pero es indiferente contrariando su temperamento sano y viril: sin quererlo obligará a su esposo, en su completa ausencia mística, a encontrar lejos de su hogar el amor de una mujer. Y he aquí, entonces, el milagro de la vida y del amor: en María Ejipciaca los celos, los celos encendidos y ciegos, se sobreponen al obligado misticismo y resucita, en todo su calor, la mujer que reclama sus derechos, la hembra que ha despertado para arrojarle al cuello de su esposo, de lo que le pertenece, de lo que nadie le puede quitar; la mujer que defiende los derechos del amor con toda la fuerza de su instinto, como Fortunata, la apasionada, la fuerte, la grande, la única: mujer por sobre todos los convencionalismos, por sobre todos los derechos, porque en ella duerme la vida que se multiplica, el hijo que ha de nacer de un beso fecundo.

JOSÉ MARÍA

José María, el indiano adinerado de «Lo Prohibido», casi vale por un símbolo único: él repre-

senta el dinero que soborna, veja, adquiere honras y troncha felicidades, y acelera el propio sacrificio. José María es la fortuna opulenta y la tentación codiciada, en un hogar de mujeres frívolas. María Juana, Eloísa y Camila, las tres hermanas, frente al primo adinerado, presentan un cuadro completo de ambiente social, de una clase pobre que ambiciona gozar de las prebendas que ofrece la riqueza. José María enamora una a una a sus tres primas: María Juana y Eloísa se entregan porque el para ellas irresistible dinero sustituye con ventajas al amor; sólo Camila, la menor, se resiste y no se rinde al burlador profesional: su virtud sencilla y fuerte está a prueba de flaquezas, y su honestidad tendrá su compensación en el fin poco edificante de José María, a quien consume pronto su sensualidad y le hace presa de horrible parálisis, postrando su cuerpo tembloroso, hasta que sucumbe al golpe de una muerte demasiado pronta.

He aquí, encarnado en José María, un nuevo aspecto del donjuanismo moderno, que sabe trocar los recursos del fácil amor en armas de Satanás. El indiano, el primo opulento, representa al burlador práctico, que tan bien se acuerda con la desmedida cuanto amoral ambición del lujo en la sociedad de nuestros días. José María no es el seductor apasionado, sino que el frío sobornador de la virtud, que promete boato, lujo, ostentación a cambio de la honra, del placer sensual, conquistado sin otros esfuerzos que el de un fácil y sucio convenio, anticipo del vicio y escuela de la prostitución.

Ante el adinerado seductor se rinde Eloísa a cambio de lujo, y de esta manera querrá también el ricacho obtener la fácil concesión de Camila, tras de seducir a la hermana mayor.

LUIS GONZAGA

Por el vasto escenario en que se desarrolla la comedia humana en la novela de Galdós, suele cruzar más de una seráfica figura que, como la de Nazarin, deja tras su presencia una estela luminosa. Es el caso místico del ingénuo y adorable Luis de Tellería, en «La familia de León Roch», que en su corta existencia sólo trató de realizar la más perfecta y ortodoxa imitación de Luis Gonzaga, el santo.

Temeroso y escondido de sí mismo, con tremendo cilicio ceñido a su cuerpo, buscando en todo la mortificación; anacoreta consumido por el apasionado amor de Dios, este nuevo Luis Gonzaga realiza el caso de la más perfecta e inútil santidad en el seno de la iglesia. Su religiosidad no hizo sino buscar por todos los caminos la proximidad de la muerte, para llegar pronto a gozar de la eterna bienaventuranza. Como Teresa la santa él decía a cada instante que moría de no morir: «Si me envanezco demasiado de morir, queridas de mi alma, puede que Dios me castigue, condenándome a vivir algún tiempo más.»

Gustaba de la soledad y por las mañanas se pasaba las horas muertas de hinojos en la iglesia, estremando el cotidiano ejercicio purificador de su

alma blanca. Casi no tomaba alimentos, a pesar de que su leve cuerpo no los necesitaba, pues no era más que una lámpara transparente, en cuyo interior agonizaba la llama de su vida como un suspiro. Por las mañanas solía advertir la servidumbre que su lecho estaba intacto: era entonces que Luis había mortificado una vez más sus carnes pecadoras durmiendo en el piso duro y helado. Con los ojos fijos en el suelo, jamás levantó sus pupilas para mirar a una mujer que no fueran su madre o su hermana María Ejiptiaca.

Cuando los médicos le anunciaron el mal irremediable que agostaría pronto su vida, Luis sintió un gozo inmenso, contribuyendo a acelerar su próximo fin con toda clase de privaciones y con el rechazo de las medicinas obligadas.

Una noche, sentado en el jardín, en suave plática con su bienaventurada hermana, rindió su alma en un suspiro. «Su cabeza se fué inclinando lentamente del lado de su hermana, hasta que cayó sobre el hombro de ésta, como si le rompieran las vértebras del cuello. Cerró los ojos, de sus labios salió leve suspiro, y se murió como un pájaro que se duerme.» Tan edificante como su inútil vida fué la angélica muerte de Luis.

GLORIA

Contra el torcedor de su conciencia, que le impone el sometimiento a la autoridad social, religiosa y familiar, se rebela la conducta de Gloria, mujer que no ignora los convencionalismos que la

rodean. Todos los suyos viven en olor de santidad y su padre sólo piensa educarla en el sagrado temor de Dios. Pero, un día llega hasta ella la revelación presentida en medio de su religiosidad y de sus lecturas: es el amor inesperado, el amor triunfante que arriba con el judío Morton.

Más ¿podrá Gloria entregar su corazón a un hereje, a un impío? Contiene ella su primer impulso; cierra su pecho con doble llave a un sentimiento que, según se lo anuncia el anatema de su tío el obispo, constituirá su condenación. Calla y se resigna Gloria, confiando acaso en el lenitivo del tiempo. Pero el amor es fatal como la muerte y mientras más se le rehuye está más cerca: si Morton se aleja de su lado, sabrá tornar pronto llegando a sofocar el pecho virginal de la dulce niña. Entónces la pasión hincó su garra implacable y Gloria sucumbe ante el infiel. Es el rayo trágico que ha venido a estallar sobre los suyos: ¡La hija de un Lantigua deshonrada por un judío, por un enemigo de su religión! Esa herida es demasiado honda para no quebrantar las energías más enteras: el padre de Gloria sucumbe, fulminado por aquel rayo iracundo. ¡Ah, fatalidad ciega e inevitable! ¿Podrá el amor restañar toda la sangre de esa herida en el corazón de Gloria? ¿Podrá el recuerdo del padre muerto no llamar cada día a la conciencia de la hija culpable?

Gloria ha obrado bien porque el esposo elegido es digno de ella. ¿Acaso debió rendirse a la potestad paternal, que le imponía la disciplina inflexible de la estéril autoridad religiosa? Más que ab-

—BANCO—
Anglo Sud -- Americano
LIMITADO

Capital y Reservas superiores a
£ 8.000.000

Oficina principal en

LONDRES (Old Broad Street)

SUCURSALES:

En Chile: Valparaíso, Santiago Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

En Argentina: Bahía Blanca, Buenos Aires, Comodoro Rivadavia, Puerto Deseado, Mendoza, Río Gallegos, Rosario de Santa Fé, San Julián, San Rafael, Santa Cruz, Trelew.

En México: Ciudad México.

En Perú: Lima.

En Uruguay: Montevideo.

En Estados Unidos: Nueva York (Agencia).

En Francia: Paris.

En España: Barcelona, Madrid, Bilbao, Vigo, Sevilla, Valencia.

Oficina en Santiago: HUÉRFANOS 858

El Banco efectúa Giros Telegráficos y emite Letras y Cartas de Crédito. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de Dividendos, de la negociación y cobranza de Letras de Cambio, Cupones, Bonos Sorteados y toda clase de Operaciones Bancarias. Abre Cuentas Corrientes y recibe Depósitos a la Vista y a Plazo a tipos convencionales.

S. H. SALMÓN, Gerente.

negación el medio le exigía un inútil sacrificio, el sacrificio de su vida y de la libertad del espíritu. El exagerado ambiente de falsa religiosidad preparó la catástrofe de su honra, que tuvo por consecuencia la muerte de su padre, y rebajó en ella el puro sentimiento maternal de la mujer a quien el amor dignifica y sublima. Mujer, grande y fuerte al fin, Gloria comprende que no puede existir para una madre imperativo más categórico que el amor del esposo y del hijo de sus entrañas: así cuando, enferma, casi moribunda, huye del lecho, camino del convento que le imponen los que prepararon su sacrificio, comprende el error monstruoso que va a cometer y endereza sus pasos hacia donde se encuentran su hijo, el hijo de su amor único y el esposo, que la aguardan rebozantes de ternura. Gloria llega a morir junto a ellos, donde está la mitad de su vida, lejos, muy lejos del fanatismo estéril y egoísta.

La primera y la última rebelión de Gloria la dignifican y la enaltecen: es la mujer, es la esposa y es la madre la que ha abierto los brazos al que llegó un día al hogar para libertarla del seno de la familia de los Lantigua, donde todo se rendía ante la autoridad familiar o ante la potestad religiosa. Su caída no fué el desliz de la mujer liviana, sino el acertado error de la mujer apasionada que, en fuerza de amar ciegamente, sólo llegó a concebir la vida como un acto de amor, divino fuego que todo lo consume y todo lo purifica.

ARMANDO DONOSO

CAFÉ GLANZ

Abierto desde 7 A. M. (dia) Hasta 1.30 A. M. (noche)

BANDERA esq. SAN PABLO

Café, Té y Chocolate

Helados y Refrescos

VENTA DE

CAFEES CRUDOS, TOSTADOS Y MOLIDOS

Salon de Billares

FOTOGRAFIA ESPAÑA

PUENTE 637 (Altos)

Sucesor **Hugo Wüllfrod**

Retratos en todo Estilo

Moderno

ENGRANDECIMIENTOS. TRABAJOS SIN COMPETENCIA

CARNET — PASAPORTE

Ruego al público visitar mis muestras



Ante el cadáver de Pérez Galdós

Como le vi, en su último escritorio de la calle de Hilarión Eslava.

I

HABIAS vivido y trabajado
y eras el cuerpo de un hombre coloso
recio en la planta y nimbado,
como todo arquetipo plenamente acabado,
de una fina dulzura de reposo...

II

TRONCO de roble: en duros muñones,
llevaste miel de panales;
y cerraste el ciclo de las estaciones;
y hubo para todos, en las profusiones
de tu copa...

Anidaron pardales
en el entronque de tus ramas capitales
y cubrieron del suelo patrio los desgarrones
tus flores y tus hojas otoñales.....

III

GLORIOSO cráneo, arrebuñado
entre los pliegues del paño listado,
sobre el que fulges como diadema,
hé aquí, en sobrio emblema,
tu vivir figurado:
tu alma que sale a la quietud suprema
por el resquicio hendido
del capullo de seda que ella misma ha tejido.....

IV

TU habías trabajado....
 En labor de gañán y de obrero,
 Artista, empleado
 cuotidianamente,
 tú habías trabajado;
 párroco de la mente
 habías sido; y minero;
 y, en agrio campo, curvado
 sobre los surcos, labrador;
 y leñador..... y sembrador;
 y anudando al futuro los hilos del pasado,
 tejedor;
 ambicioso como un constructor;
 sobrio como un soldado.

Y así tú que, en tus manos, habías sostenido,
 por la vida adelante, sin buscar un atajo
 y en lo más duro más enardecido,
 todos los instrumentos de trabajo,
 finalmente debías
 descansar;
 y en la paz de tus blancas profecías
 a medio granar,
 hoy te duermes, tal vez porque ya no podías
 trabajar....

V

DESCANSA; eterniza
 tus postreros latidos en quietud de ceniza,
 corazón, de latir fatigado;
 párate, emplea
 toda la eternidad en tu última idea,
 cráneo, en el idear, tenazmente probado;
 antorcha viva el cuerpo muerto sea,
 y en tu final trasiego depurado,
 divinamente quieto, créa, créa....

VI

CREA, a la luz de estos blandones
 que te dan una mística traza,
 la amargura de tus segundones
 y la orfandad vacía de tu raza,
 Créa el dolor y el arrepentimiento;
 deja de ser, para que te deploren;
 la amputación de tu muerte, un momento
 valga, a tu pueblo, de recogimiento;
 y los que no pensaron, haz que lloren.

VII

GLORIOSO cráneo, esquilgado
 en el desgaste productor;
 noble corteza de un astro, apagado
 detrás de una montaña de labor;
 arco roto, resorte relajado,
 labio callado,
 manantial detenido en su hervor:
 merma el orbe, privado
 en tí, de un sentido;
 y tu progenie otea lo porvenir, inquieta,
 porque, desde hoy, tendrá, en su recorrido,
 un camino de menos para alcanzar la meta.
 Maestro: tu labio se calla
 cuando más fiero a nuestro lado
 el huracán estalla.....
 ¿por qué nos has abandonado
 en lo peor de la batalla?

VIII

SE enturbia el aire en un vaho iracundo
 y gritos de odio y de saña
 rompiendo están de la tierra la entraña
 en parto infecundo,
 ¿por qué doblar el cuello también a la guadaña
 tú, que eras un gesto del mundo
 y una manera de España?.....

IX

Coautor con Dios de la Patria; preveo
 que mañana, en tributo pigmeo
 la oficial caravana
 hilará vanidades sobre tu mausoleo;
 para ella, la piedad de tu sonrisa humana;
 siempre es pequeño el muro cuando es grande el trofeo;
 no queda voz que, de tu gloria invicta,
 no tiemble, al peso poderoso:
 el silencio es tributo forzoso
 cuando muere el que dicta.

X

VE en paz: te aguardaremos, en un dolor de ausencia,
 perpétuamente a nuestro lado;
 y en toda lucha nueva y en toda nueva urgencia,

recordatorio tuyo será nuestra indigencia;
nuestro miedo, señal de que nos has dejado.....
Ahora aprendo en tu labio, aunque no hable;
y leo, aunque hayas muerto, en tu mirada;
y entrego a España el ejemplo admirable
de tu energía hasta el final gastada:

«Sembró ciencia y amor, sueños y besos;
«para trillar azul, segó lo bajo;
«hoy da, a la tierra, la piel y los huesos;
«y todo el resto se lo dió al trabajo.»

Eduardo MARQUINA

Madrid, Enero de 1920.

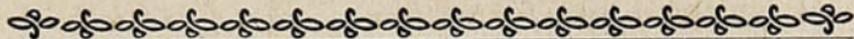
<p>J. DENIS LAY Dentista—Ahumada 38 Teléfono 2013 Santiago</p>	<p>VICTORINO ALONSO Dentista Moneda 1164</p>
<p>JOSÉ S. GONZÁLEZ Médico Cirujano Matucana 303</p>	<p>S. GARAY Dentista S. Diego 166</p>
<p>LEONIDAS CORONA Laboratorio Clínico Delicias 868</p>	<p>MUÑOZ LOBOS HNOS. Dentistas, Extracciones sin dolor Somnoformo, Puentes S. Diego 307-448 Stgo.</p>

Gran Sastrería

Ahumada 23—Santiago

FEMENIA Y CIA

Gran Surtido en Casimires
Ingleses y Franceses



Nuestros críticos

Eliodoro Astorquiza

Ahora trátase de examinar en silencio si ese concepto es sólido o frívolo.

PLATÓN.

Cuando una personalidad me llama la atención, sea por sus bondades, sea por sus defectos, procuro explicarme el por qué de sus tendencias y de las formas en que se manifiestan. . . En el caso de D. Eliodoro Astorquiza he creído comprobar que toda su modalidad crítica descansa en los siguientes puntales: 1.º apasionamientos por el silogismo; 2.º una fuerte dosis de catolicismo moderno; 3.º primer premio de latin. . . . De buenas a primeras, tales factores parecen carecer de cohesión, pero ahondando un poco es fácil encontrarles el nexo. Como complementos básicos podemos agregar: un poco de neurastenia y cierta habilidad malabaresca para jugar con las palabras (no con las ideas, como parece ser la creencia general).

¿Cómo y en qué forma obran tales factores? El latín y su escuela obligada, literatura clásica, han creado y desarrollado en el Sr. Astorquiza un fanatismo desesperado y exclusivista por la claridad, (el concepto que de la claridad tiene el Sr. Astorquiza es una de las cosas más divertidas que conozco), por la línea neta, el sentido recto, en la labor literaria. Esto, por sí solo, no es un defecto (tampoco es una virtud) pero sí lo es, desde el momento en que unilateraliza el espíritu, desde el momento en que, acostumbrando las pupilas a no percibir sino tonos fundamentales, contrastes bruscos de blanco y negro, vuévelas miopes para gustar y avuluar la belleza más esquisita, más impalpable, del matiz; desde el momento en que lo hace abúlico, y lo dota de un dón de preferencia por cuanto no obliga a reflexionar, por cuanto «está hecho»; es sobre todo un defecto, porque atrofia la sensibilidad, imposibilita la fruición intensa, y la suplanta por un rigorismo lógico, absolutamente antiartístico. Y ya, con ésto, entramos en pleno dominio del silogismo, que, en el caso presente, solo sirve de envoltura a una sofistiquería descarada y un más descarado juego de palabras, hermanados a cierta antojadiza interpretación de las ideas.

La obra primera del crítico de Zig Zag, no estuvo al parecer, muy influenciada por los antedichos factores. Yo no la conozco. En consecuencia

me referiré solo a la que desarrolla en la actualidad.

Si se trata de la poesía el Sr. Astorquiza apreciará solo aquello donde no necesite ahondar. La emoción, la sugerencia, la armonía, los estremecimientos sub-espirituales, las angustias caóticas, tiénelo sin cuidado; quiere claridad, sólo claridad. (De la lectura de sus artículos dedúcese que en esto de la claridad nuestro crítico procede ajustado a una lógica abismática: «yo no lo entiendo, luego es oscuro»). Si el Sr. Astorquiza se detuviera aquí. . .

Pero nó. El Sr. Astorquiza es católico; y católico lógico. (Catolicismo y Conservantismo son sinónimos.) Por consiguiente, tomando en cuenta su afán de renovación, sus arrestos revolucionarios, desterrará a la poesía joven, y la atacará siempre que pueda; para esto echará mano de todos los recursos: recortará versos para restarles sentido (recuerdo un crítico que con tal procedimiento probó la nulidad poética de V. Hugo) hará chistes, a veces escalofriadoramente ordinarios, a su costa; y por último apelará al silogismo, el terrible silogismo, para determinar sobre premisas de su invención, espeluznantes conclusiones. Así, tomando a los poetas Félix A. Núñez, H. del Solar, Cifuentes Sepúlveda y Fernando G. Oldini en un solo manajo, establecerá entre ellos una hermandad ficticia, basada en el empleo de la palabra *carne*. Al señor Astorquiza le importa un bledo el significado de los vocablos. (En un reciente artículo preconiza: «no importa que el lector com-

prenda o nó el pensamiento del autor, con tal de que esté persuadido de que lo comprende»). De este modo Felix A. Núñez en quien la palabra *carne* involucra un estado de renunciamiento a los sentidos, está aparejado con Cifuentes Sepúlveda en quien es tristeza de *remembranzas maceradas* por un presente acerbo, y con F. G. Oldini en quien es exaltación actual semi salvaje y un poco sádica. Son antípodas tanto en ideologías como en técnica. El Sr. Artorquiza no lo ve. . . ¿no quiere verlo? . . . Ahora bien, ya está sentado que se trata de un grupo de amorales. Esto no es suficiente; es necesario demostrar las causas de su afinidad inmoralista. Al observador más periférico bastaría abrir los ojos para darse cuenta de que el estado actual de la vida es un vértigo de lujuria. Vería esto en las pupilas de los hombres y en las pupilas de las mujeres; veríalo en las reuniones sociales, en los paseos públicos, en esa lucha sorda y palpitante del deseo manifestada a toda hora y en todo sitio donde hay dos seres de sexo opuesto. Un psicólogo extraería de tal espectáculo, materia para un estudio formidable; y ya Mauclair, señalando una ruta a los mogigatos, ha realizado preciosas observaciones acerca de la influencia de la lascivia ambiente en la pintura. Pero se necesita una fuerte honradez inintimidable para proclamar que los artistas son transparentes sinopsis de su época, que actualmente la sensualidad va camino de arrojar al mundo en un manicomio, que de esto no tienen ninguna culpa los poetas, sino una tradición hipócrita empeñada en oscurecer,

entrabar y desvirtuar algo tan humanamente natural como el instinto, que la moral en este caso, como en casi todos, es un absurdo insostenible, y que, como consecuencia, es indispensable plantear el siguiente dilema: o la moral hace crisis o la humanidad se hunde. Verdad es que para abordar tal problema, además de valor, hace falta una cultura psico-fisio-patológica que quizá el Sr. Astorquiza no posea; verdad también que es más cómodo calumniar a la juventud poética, pero ello no amortigua lo indecoroso del procedimiento... El Sr. Astorquiza va más lejos. Niega hasta la originalidad de su pecado a la juventud; pero como no le consta que copie a nadie, funda su predicado en que «*sin duda. debe haber* otros poetas nuevos» parecidos a los de aquí, y (más lógico no puede ser) tanto unos como otros han debido beber en «una fuente común»... ¿Es posible llevar la suposición a tal extremo? ¿Es posible arrogarse el derecho de desprestigiar, basándose en un «*sin duda debe haber*»? Y si acaso esto se debe a accesos de neurosis ¿por qué los poetas han de estar expuestos a las exacerbaciones atáxicas de los críticos?...

Si la impermeabilidad emocional incapacita al Sr. Astorquiza para sentir y apreciar valores artísticos, en cambio ciertos factores de su constitución espiritual predisponenlo a ser un agudo analista de disciplinas filosóficas... Mas, todo ello se diluye en palabras, solo en palabras.

El Sr. Astorquiza pretende de ironista, olvidándose de que la ironía es un burbujeo fluído de espuma ideológica, y no un cabrioleo de vocablos. Verdad que con palabras pueden realizarse maravillas; pero es indispensable antes una ingrátida finura anímica, una elegancia grácil en el manejo de las ideas, y cierta diafanidad genial en la arquitectura sintáctica. La ironía (se ha dicho tanto!) es sonrisa, la gracia de Astorquiza es risa, y risa demasiado cruda, a ratos. Su preocupación constante es la de los malos cómicos: hacer reír, venga o no venga a cuentas. Y esto que en un principio fué, quizás, síntoma aislado, ha ido tomando poco a poco, caracter diatésico; cuanto toca es motivo de chunga, cuanto toca es falseado; nunca en sus escritos hay un intento de ahondamiento.

A veces he querido imaginarme un Astorquiza profundo; y cerrando los ojos a sus puerilidades, empeñábame en verlo martirizado por la búsqueda de un inhallable equilibrio entre la Fé y la Razón; por la interrogación sin respuesta a la una y a la otra. Bastante instruido para negar las evidencias científicas, no dejaba de ver los signos que aún no han encontrado explicación. . . ¿La encontrarán algún día. . . Religioso a la manera moderna, veía y pesaba los contrasentidos y lagunas del dogma; pero ¿qué puede esta evidencia contra el sordo rumor trágico que viene desde siglos murmurando dentro de nuestras venas, sin preocuparse de la lógica, el fracaso de toda sabiduría, la nada de todo humano empeño, bajo el

solamente. . . Ah! Si el Sr. Astorquiza fuese esto, cómo escarbaría en la vida, buscando el granito invisible que decidiera la balanza. . . cómo comprendería y amaría fraternalmente a aquellos en quienes la duda hincó su garra! . . . Pero Astorquiza no es esto. Hay que buscar su definición en una variante sutil del tipo: la de los indecisos.

Ciertos individuos pasado un período de inquietud, tórnanse positivistas, sin que jamás les moleste el recuerdo de sus antiguas creencias. Se han definido. Otros, por convicción o por engaño del mundo, son deístas y religiosos. Se han, también, definido. Queda una tercera porción. Estos no son nada, ni siquiera escépticos, porque el escepticismo implica hondor, y en este caso se trata de una simple vacilación entre dos fuerzas oscuras, vacilación no nacida del análisis, como en el caso anterior, sino debida a cierta falta de valor para romper la equivalencia atractiva; a cierta cómoda holgazanería que impide decidirse por uno de los polos. Este tipo ignora el significado de la palabra: *pensar*; este tipo se reirá siempre, así del que duda como del que afirma.

¿Armando Donoso cree en el Bien, en la Verdad, en la Belleza? Esto facilitará a Astorquiza la ocasión de decir unas cuantas barbaridades!

Como los demás críticos conservadores de Chile no ha perdonado a Donoso la audacia de un gesto que tiende a libertarnos de nuestra crédula



No se haga Ud. el sordo.
amigo! Mire que le convie-
ne mucho, muchísimo com-
prar todos sus artículos en la

FUNDICION LIBERTAD

LIBERTAD 53 y 58

ignorancia medioeval. En el asedio puesto a «Senda Clara» el Sr. Astorquiza no podía dejar de tomar un sitio. El se encargó de destrozar el estudio sobre Lemaitre, y lo hizo tan bien que entre sus manos es imposible reconocerlo. Podríase jurar que Astorquiza no ha leído el libro de Donoso.

Analizar una personalidad como la del autor de «Los Contemporáneos» es tarea dura, larga y complicada. Donoso, experimentado en esto, después de una concienzuda vivisección llega a determinar que Lemaitre no fué un crítico trascendental; y no lo fué (si es posible comprimir un volumen en unas cuantas conclusiones): 1.º, y sobre todo por su extremada superficialidad; 2.º por «su absoluta falta de inquietud estética»; 3.º por «su cultura unilateral»; 4.º por el anacronismo de sus ideas; 5.ª por la ausencia de una convicción firme y de una orientación definida. . . El Sr. Astorquiza reduce esta heterogeneidad causal a una sola frase que nada dice y todo lo trastrueca. Sobre tal frase sienta la siguiente afirmación capaz de poner los pelos de punta: «tener una orientación espiritual determinada equivale a ser dogmatico.» En seguida deslumbrado con sus propias palabras imagina un «Lemaitre» nunca escrito por Donoso: y, a rienda suelta, lanzase contra los molinos. Resultado: afirmación rotunda, con pretensiones refutativas, de los puntos sostenidos por aquel: «Lemaitre no fué un gran crítico porque carecía de profundidad» . . .

Donoso, hartado de la sistemática acusación de oscuridad enderezada contra el *Simbolismo* trata

de demostrar que, cuando menos, en algunos casos, carece de fundamento. Al efecto cita cuatro versos de R. de Gousmont. El Sr. Astorquiza, ha entendido esto yo no sé cómo; lo cierto es que afirma candorosamente: "yo puedo agregar que son claros." ¿A qué seguir? Haya o no haya leído el libro, es indiscutible el falseamiento del pensamiento de Donoso. Por lo demás toda la obra del Sr. Astorquiza aparece llena del mismo desequilibrio, de la misma arbitrariedad, de la misma incomprensión... Para juzgarlo sin demasiada inmisericordia no nos queda más remedio que cerrar los ojos y... sonreír...

FERNANDO G. OLDINI.

Relojería y Joyería

Suc. A. GODART y Co.

AHUMADA 259--CASILLA 1641



RELOJES

de las más afamadas marcas

Joyas con brillantes

Objetos para regalos



Rodó

Ultimo retrato del maestro

De la revista PEGASO de Montevideo





En torno a la muerte de Rodó

(Breves comentarios)

“Le tenían por un misántropo, por un hombre raro y pudiente, quizás por un avaro que por equivocación hubiera caído en el primer hotel de Palermo. Para dar una idea del punto a que había llegado aquel espíritu lúcido en el abandono de su persona, bastará el crudo detalle de que al amortajarlo debieron arrancarle las medias a pedazos, tan adheridas estaban a sus pies. Su edad parecía oscilar alrededor de los 70 años.”—(Julian Nogueira.—**Como murió José Enrique Rodó.** “El Mercurio” de 8 de Febrero de 1920.)

Yo había imaginado de otra manera la muerte de Rodó, «el sembrador de estrellas». Vuelto hacia el helenismo, a pesar de su facha burguesa, me complacía en imaginarme a ese filósofo que parecía haber paseado con Platón bajo los plátanos del Academo, desvaneciéndose en una magnificencia crepuscular. Imaginaba un atardecer sereno sobre su frente de visionario, sobre su carne translúcida y efímera... Imaginaba su muerte, no como el

vulgar final de una existencia, sino como la armoniosa agonía de un canto sobre las colinas de Grecia.

I sin embargo.

Sus últimos momentos son lamentables; de una ironía brutal, desconsoladora y trágica.

Ahora supongo la llegada del viajero desconocido, al Hotel des Palmes, en Palermo. ¿Quién es ese ser extraño y sucio que no habla con nadie, que permanece sentado horas enteras frente a una mesita en donde humea una taza de caldo y sumergido en un pensamiento vago y triste? Su ropa está llena de manchas, raída, cubierta de polvo; los botines muestran el encarnizamiento del lodo; la barba crece al modo de la yerba, sobre su rostro; hay en él, en suma, un evidente abandono, un dejarse roer por la mugre de la tierra. . . Ese hombre come frugalmente, y sale todos los días con un paraguas bajo el brazo. Los faldones de su chaquet raído, muestran fragmentos del forro, descosido. Vaga, sin duda, por los alrededores de Palermo, encorvado su cuerpo, que hace pensar en la decadencia de los septuagenarios. Dicen—oh formidable ironía!—que es un avaro, o un misántropo, o un hombre extraño y pudiente que se aísla, que se recoge al modo de los caracoles, en su dura soledad. Nadie piensa en Ariel, morador silencioso de ese cuerpo caduco, que posiblemente ya empieza a sentir el cosquilleo de la podre, el «estremecimiento sombrío» de los gusanos en su carne pasajera y miserable. . . Nadie imagina que está ahí, a dos pasos, el supremo exaltador de

Ariel, el que ha realizado en días más luminosos la aspiración conmovedora de Renan: ser por el contacto de Ariel una onda de éter, un lampo de luz, un estremecimiento de los bosques y volar sobre los mundos celestes, anegarse en serenas armonías y ser verde con el olivo, blanco con la nieve de los ventisqueros, casto con la flor del nenúfar.

Cuando lo llevan en una camilla del Hotel al Hospital, Rodó se retuerce en medio de dolores monstruosos, sin encontrar una posición que lo alivie. ¡Esto es desesperante!

El trato de imaginarme los últimos días de Rodó. Es un extraño que agoniza en una tierra que no conserva para él la huella de ninguna de esas menudas emociones que forman la urdimbre de una vida y que dulcifican la angustia del instante final. No hay a su lado un amigo, un hermano, una mujer. Está solo, completamente solo. Las tres o cuatro personas que se apiadan de él, son seres que la vida pone por primera vez ante sus ojos que se van a cerrar. fantasmas vagos de un sueño... sin memoria, sin alegrías o lágrimas para su corazón. En ciertos instantes la voz de un amigo tiene resonancias profundas en nuestra sensibilidad. Las voces que resuenan durante muchos días en los oídos de Rodó, en su permanencia en el hotel, son como las voces que se oyen en el vagón de un tren en marcha o del otro lado de un tabique, en comarcas extrañas: voces sin alma pa-

ra nosotros, inexpresivas, que no hemos oído nunca y que nos dejan completamente fríos. . .

Su actitud es eternamente la de un hombre que contempla. Permanece fiel a su concepto filosófico de la vida. ¿Ha realizado acaso la prodigiosa parábola del rei legendario y patriarcal que huye de los hombres para encerrarse en la íntima estancia del palacio, a solas con sus pensamientos? Algunos espíritus penetrantes presienten una tragedia bajo esa especie de ausencia; un dolor en ese hombre envejecido y sucio que se aísla, que vaga solo, que se recoge temprano, al anoecer. . . Un extraño respeto los mantiene a distancia; ese mismo temor respetuoso detiene al dueño del hotel que quiere arrojarlo de su establecimiento porque lo considera un hombre contagioso. No ha ordenado—asegura él—un solo baño durante el mes de permanencia en el hotel.

Todo esto no es más que acidez. . . dolor! Rодó tenía en un bolsillo de su chaleco—según se constató después de su muerte—tres mil liras y en un baúl excelente mucha ropa blanca y algunos ternos casi nuevos. . .

*
* *

El hecho espantoso es la soledad; la evidencia aterradora de que no queda nada en afectos detrás de él, de que se ha vivido una vida incompleta, huérfana.

Las obras pueden llenar una vida, pero no la satisfacen. Sin duda, la soledad es una cosa admira-

ble para el espíritu, pero en ella se remueve constantemente el dolor y ninguna angustia es más horrible que la de acercarse al término, sin haber florecido en afectos, en cariños, como un árbol en una tierra estéril, desolada. . . Mientras se tiene fuerza y esperanzas la vida canta gloriosamente. . . después la tortura, el sentir que hai una zona fría en torno nuestro; el vagar a tientas, el tender inútilmente las manos, el escuchar voces que nos llaman. . . acercarse y la desilusión de saber que no era a nosotros. . . Oh! esto equivale a golpear-se la frente contra los barrotes de una celda que nos separa del mundo de los vivos.

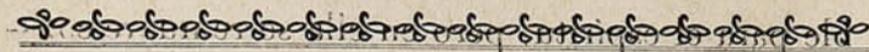
Ni una palabra brota de los labios de Rodó. Por lo ménos la información que nos ha dado motivo para estos comentarios, no lo dice. Ni una palabra reveladora. El más impenetrable mutismo sella esa existencia lumínosa, ese espíritu de selección y de belleza, que, seguramente, hubiera podido pasear con las Sombras que tanto amó, esa pradera de los asfodelos desde donde se contemplan la lucha y los misterios de la vida. . .

El verso austero y noble de Alfredo de Vigni cierra el círculo de su existencia.

Seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse.

JULIAN SOREL

Talca, 1920.



tan terrible el dolor y ninguna angustia es mas horrible que la de acercarse al término, sin haber florecido en afectos, como un árbol en una tierra estéril. Mientras se tiene

Norma

El árbol es sonoro porque lo pulsa el viento;
hay una ley oculta que madura las pomas;
la lluvia es cumplidora de un sabio mandamiento
al fecundar el vientre moreno de las lomas.

La labor triptolé mica al tacto de la tierra
nos limpia de amargura y baña de bondad,
así la forma amada toda belleza encierra;
y vamos caminando a la Serenidad.

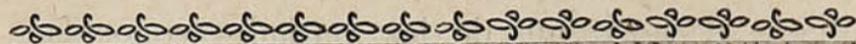
Cumplida su misión, fieles a la armonía
del mundo, los árboles se tronchan sin estruendo,
los hombres solamente tenemos la sombría
angustia obsesionante de no seguir viviendo.

Hermano: ten el claro consuelo de la nieve
que baja la montaña en agua cristalina,
más allá del hondor de la tierra, nos mueve
a seguir la armonía la conciencia divina.

LAUTARO GARCÍA.



L. G.—Temperamento fino y múltiple, personal y vigoroso, Lautaro García es poeta por sobre todas las cosas. en el teatro ha triunfado con *El Peuco* y *El Rancho del Estero*. Sus envíos originalísimos a las exposiciones de arte han llamado la atención de los entendidos. Prepara una novela *La Huacha* y un volumen de poemas.



“La Senda Clara”

El diligente crítico Armando Donoso, acrecienta su reputación de estudioso y de joven pensador con esta nueva obra, que es la cristalización de maduras meditaciones y de dilatadas lecturas.

Repasando los capítulos que consagra a Le Dante, Brunetière, Ingenieros, observamos su evolución hacia las más sólidas y serias disciplinas del pensamiento. Con estilo desenvuelto aborda cuestiones científicas que trata con claridad de criterio. Su criticismo filosófico es de buena cepa, porque al razonamiento firme se une la exposición metódica.

Al comentar la labor cultural de José Ingenieros, aborda el tema de la posible renovación de la metafísica, como éste lo manifestara en sus «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.»

Donoso expresa que la metafísica medioeval estuvo subordinada a la teología, como la metafísica kantiana a la ética y ahora Ingenieros pretende que la metafísica pura tenga por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas inexperienciales. La metafísica futura será una anticipación a las comprobaciones experimentales y am-

pliará el horizonte de las verdades conocidas, aplicando a lo desconocido los mismos procedimientos lógicos que se usan en la averiguación de lo que se advierte en el mundo físico. No estará falseada por un espiritualismo propio de temperamentos sentimentales, ni por un intuicionismo a lo Henri Bergson, que don Enrique Molina llamara filosofía para poetas y literatos.

Se aplicará el método inductivo y no se aceptarán las nociones innatas o primeros principios que Herbert Spencer se obstinaba en descubrir en todas las esferas de lo conocido y que don Valentín Letelier refuta con maestría en el capítulo primero de su *Génesis del Estado*.

Con motivo de la publicación de este libro de Donoso, encendida discusión se produjo en el cotarro intelectual al márgen de la ocasional revisión de los valores de la ciencia hecha por Omer Emeth y Correa Pastene.

Omer Emeth justificó a Brunetière declarando que jamás había proclamado la quiebra de la ciencia que se le atribuía y que sólo había expuesto que en el terreno moral no había alcanzado el éxito que sus paladines le encomiaban. Donoso expone que Brunetière antes de su conversión era admirador de Darwin y de Comte y enumera la serie de leyes descubiertas por la experimentación científica que evidencian que el crítico de *La Revista de Ambos Mundos* impulsado sólo por su catolicismo de última hora pudo atreverse a hacer una afirmación tan paladina. Emeth atacó a los que salieron a rebatir las argumentaciones de Bru-

netière y tuvo el poco gusto de comparar a Berthelot con aquel Monsieur Homais, de quien Flaubert hizo un símbolo de la humana tontería y al atacar a Renan de seguro que no habrá olvidado el pecado de éste al hacer legible la *Vida de Jesús* prestándole el encanto de su estilo y dándole como piensa Gonzalez Prada, un sabor helénico que trasciende en muchas páginas a idilio virgiliano.

El señor Correa Pastene, que es un escritor de estilo cervantino, también lanzó su cuarto a espadas y discurrendo acerca de las hipótesis de la ciencia, expuso que ésta sería impotente para penetrar hasta las regiones que son del dominio de la fé y de la religión. Criticando los métodos puestos en práctica por Le Dantec para sentar sus postulados biológicos, en tono de zumba, expresó que el sabio francés era un filósofo de la digestión. Basta sólo haber leído la concienzuda exposición que Donoso hace de la obra del autor de *El Egoísmo*, para pensar que es un humorismo fúnebre el de este periodista.

Las páginas acerca de Enrique Molina, Walt Whitman y Pío Baroja tienen el encanto suave de una emoción cálida que se trasparenta en el estilo vibrador.

En Argentina al libro de Donoso se le han prodigado buenos elogios; Ingenieros ha dicho de él que es el intelectual joven más representativo de la América Latina y en Panamá, Octavio Mendez Pereira, en la ya célebre revista *Cuasimodo*, le llama crítico eminente colocándolo a la altura de Rodó, Francisco García Calderón, etc. En Chile

su obra ha sido recibida con espanto lo que demuestra nuestra deficiente cultura científica que hace vivir a muchos hombres inteligentes atrasados unos cuantos siglos.

PASCUAL VENTURINO.



Iniciativas docentes

Un argumento de que se han valido los evolucionistas darwinianos para ameritar la tesis que sostiene que el antepasado del hombre fué el mono, se basa en el hecho de la existencia en ambos de la aptitud imitativa.

La irreverencia científica que niega autoridad de «magister dixit» al aserto bíblico sobre el origen del hombre, ha hecho incapié en el desarrollo que así en éste como en el mono ofrece la imitación.

Niegan unos a Darwin; otros, más hereges, creen que es un cuento para ingénuos aquel pasaje de la Biblia que narra cómo con barro y un soplo divino, fué fabricada esta arquitectura de maravillas que es el ser humano. Piensan unos y

otros que han dado con el Eureka del más intrincado problema antropológico.

Profanos nosotros en tan abstrusas materias no pretendemos terciar en esta polémica de doctos.

Queremos sólo aprovechar los materiales de esta discusión, consignando la circunstancia de que los polemistas están de acuerdo en el hecho anotado: tiene un gran desarrollo en el hombre descendiente de Adán o del mono, la aptitud imitativa.

Con frecuencia se repite, en són de crítica amarga, que nosotros somos muy dados a imitar.

Ya que dicho queda que este es un rasgo de psicología humana antes que de cualquiera idiosincrasia nacional, supérfluo parece decir que negamos importancia a ese reproche.

Talvez en el fondo de todos nuestros actos haya como razón primera un impulso imitativo. La originalidad de toda actitud espiritual o material sólo existe porque ignoramos casi todo lo que está lejos de nosotros en el tiempo o en el espacio. Inconmovible verdad la del filósofo: no hay nada nuevo bajo el sol.

Los grandes progresos de la humanidad acaso se deban en último término, a este rasgo de nuestra psiquis.

Pero imitar puede ser un pecado, y lo es a menudo.

Desde luego lo es siempre, cuando el que imita lo hace sin conocer en su total amplitud, cualitativa y cuantitativa, el fenómeno en que repara. Sabido es con cuanta frecuencia, legisladores sin

mayor discernimiento jurídico pretenden implantar en su país leyes extranjeras, que en aquel en que rigen han dado buenos frutos, para solucionar problemas que no se presentan con idénticos caracteres en ambos medios.

Estas imitaciones nacen condenadas al fracaso. Pero de ahí a condenar la imitación en sí misma hay distancia. De eso sólo se induce la justicia del reproche contra los que ayunos de talento de observación al menos, imitan sin discernir la calidad de los modelos.

Ni el individuo ni las colectividades pueden esperar ser originales en su obra de perfeccionamiento. Nuestro deber es elaborar el progreso, y si en esta tarea se nos presenta algo bueno que imitar, imitarlo.

Nuestra Universidad necesita modernizarse. Hay centros de cultura superior análogos al nuestro en América y España, para no referirnos sino a países de habla castellana, que pudieran servirnos de modelo en más de algún respecto.

¿Falta lealtad para reconocer lo bueno por no ser nuestro? Faltan iniciativas en este sentido? Aquello, nó; ésto es más probable.

Tal modo de pensar nos induce a tomar nota de un acuerdo, del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires que merece llamar la atención de nuestras autoridades universitarias.

El acuerdo referido consiste en la apertura en dicha Facultad de cursos libres extraordinarios «sobre materias de cultura jurídica superior, entre

las clases figuran: 1.º La Constitución Nacional en la jurisprudencia de la Suprema Corte y en la interpretación de los otros poderes públicos; 2.º Legislación comparada sobre propiedad literaria y artística; 3.º Doctrinas sobre nuevas bases de la sociedad y del Estado; 4.º Proyectos y doctrinas sobre sociedad o liga de las Naciones; 5.º Nuevas doctrinas relativas al derecho de propiedad.»

- Tales puntos no son sino el enunciado de algunos de los problemas de mayor importancia en la hora actual, que las nuevas doctrinas, conocidas ampliamente sólo por algunos escasos estudiosos, analizan desde puntos de vista antes no contemplados.

En las aulas universitarias, sobrados adustas y graves ayer en el estudio de las instituciones jurídicas para las cuales la política, no siempre atenta a la bondad doctrinal, logró a conseguir el executur parlamentario, y ahora a hallar un eco las inquietudes espirituales de una generación que siente la necesidad de renovarse fundamentalmente.

Esta lucha de los innovadores contra los viejos conceptos, contra los prejuicios milenarios, que se saben caducos ante una crítica iconoclasta, llevará hasta allí un poco de vida nueva. Ya no va a ser la letra de los Códigos no más la preocupación de profesores y discípulos.

Los maestros y los selectos núcleos de juventud que los escuchen pondrán a contribución, aquellos su criterio moldeado en la disciplina de las ciencias positivas i éstos su avidez intelectual, pa-

ra buscar la orientación que deba encauzar por un rumbo seguro el impulso renovador que prende en los espíritus con fuerza incontenible.

Esa fecunda discusión de doctrinas, esa leal colaboración de fuerzas intelectuales en el estudio de los nuevos problemas que preocupan al mundo, será para la patria en que tal iniciativa fructifica, la póliza de seguros que le permita esperar confiada en el criterio de los que irán mañana a regir los destinos de la Nación.

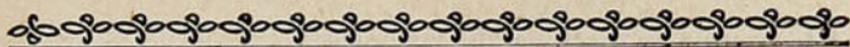
Ojalá que en nuestra Escuela de Derecho, apegada todavía a los viejos moldes clásicos, se continúe la modernización de los estudios empezada con la creación de algunos Seminarios, como el de Economía, el de Derecho Privado y el Derecho Público.

En esta labor puede servirnos de ejemplo la iniciativa del Consejo Directivo de la Facultad de Leyes de la Universidad de Buenos Aires.

Imitemos esta vez.

RUDECINDO ORTEGA M.





Del Libro en prensa «La Ciudad Invisible».—(1)

Por la Tristeza de tus ojos

Ya es imposible que te llame esposa.
¡Oh la alegría de tener un hijo
que fuera de tu sangre y de la mía,
que tuviera mis alas y tus ojos!

Un hijo claro como tú! profundo
como el haz de los siglos. Ya no puedo
ni sonreír, mi corazón no sabe
perfumarse de flores en la muerte.
¡De quién serán mis alas y tus ojos
en un futuro que no miraremos!

No vagará por los jardines claros
el hijo que sonría por nosotros.
¡Y tus cabellos no tendrán retoños
nadie los besaré cuando te mueras!
Hasta la Muerte llorará tu encantó.
Un hijo tuyo para eternizarte!
Su corazón semejaría un bosque,
sonoro y perfumado en el crepúsculo.

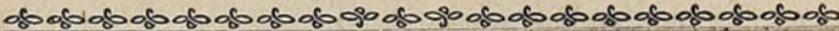
Ya es imposible que te llame esposa.
Sufren mis alas entre las estrellas.

Lloro por la belleza de tus ojos,
y un grito lacerante de mi boca
le dice a Dios: ¡Se pudrirán sus ojos,
sus ojos bellos hasta la tristeza.
Y qué encanto tendrá la tierra tuya,
ruda como el lamento de los leones,
obscura como Job junto a Luzbel! . . .

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

(1) En «**Nosotros**», la más alta tribuna de la juventud intelectual del Plata, se publicaron hace poco algunos poemas de Angel Cruchaga S. M. con el anuncio de la próxima aparición de su nuevo libro. Ahora el poeta ha tenido la gentileza de enviarnos esta composición inédita del mismo libro, en prensa en una prestigiosa editorial de Buenos Aires.

La personalidad de Angel Cruchaga S. M. no necesita de comentarios entre nosotros: el admirable prólogo de Tomás Gabriel Chazal a **Las Manos Juntas**, esa primicia reveladora de un gran poeta, definió el temperamento de Cruchaga en forma tal que agota todo intento posterior en el mismo sentido.



Dolor de evocar el pasado

Las campanas de voz rancia
y de agostadas laringes
pueblan de ecos la distancia
abrumadora de esfinges.
Va lentamente la tarde
desliendo en los valles ciegos
todos los gritos cobardes
de los perdidos borregos.
Preludia la fuente clara
sus inefables querellas . . .
La luna pasa . . . y encara
las temblorosas estrellas.
Ruedan las muertas fragancias
de las rosas del jardín,
y la brisa, en ambulancias,
roba aromas de jazmín.
Y va mi rudo quebranto
por el camino insonoro
de un humilde camposanto
que en mis ausencias añoro.
Otoño me brinda una alfombra
con sus hojas amarillas,
que susurran en las sombras
como medrosas chiquillas . . .
Rememoro una celeste
aparición del pasado
y surge mi idilio agreste .

con su perfume olvidado.
Campanitas de maitines,
las tocatas en la plaza,
un aroma de jazmines,
y un humo azul de hogaza.
Surge la aldea sencilla,
cunita de mis amores
con esa ingénuo chiquilla
que era flor entre las flores.
Y en las glorietas tranquilas
perfumadas de violetas
evoco esas tardes lilas
que me tornaban poeta . . .
Mis besos, caricias rientes,
mezclas de luz y de cieno
y su espíritu potente
invitándome a ser bueno . . .
Dolor de evocar el pasado!
Por qué sentimos tristeza?
Si no nos venció el pecado,
por qué no amar la pureza . . . ?



Nadie conoce mis penas!

Suave caminito agreste
por el que fui, paso a paso,
aquella aurora celeste
cuando presentí el fracaso.
Gaijarritos del camino

y arenita del estero
fina como el oro fino,
bien sabeis por qué yo os quiero!
Pude parecer grotesco
(escondido de la gente
ir a tomar el fresco
junto a la clara vertiente)
Bien sabeis por qué yo os quiero!
Vuestros silencios bendigo,
y yo os pido que si muero
no habéis jamás del amigo.....

Nadie conoce mis penas
porque no tuve testigos,
y los que son amigos
saben que mi vida es buena.

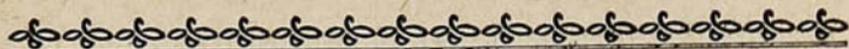
Olas de la mar felina
que entre las alas del viento
por besar la arena fina
dejan oír su lamento.
Bosques de barcas oscuras,
lóbregas y silenciosas,
que en mis tardes de amarguras
me enseñaron tantas cosas.
Ilusiones, desencantos.....
Tantos días de quebrantos
para uno de bonanza.
Púsose negro el velámen
que era blanco cual armiño;
las brisas ya no lo lamen;
de balde les hace un guiño.....

El marinero está viejo:
fuma su pipa y recuerda:
era ágil como un conejo
y hasta bailaba en la cuerda.....
Bien sabeis por qué yo os quiero:
barcas, playas y bouanzas.....
La canción del marinero,
dijo bien mis esperanzas.

Nadie conoce mis penas
porque no tuve testigos
y los que son mis amigos
saben que mi vida es buena.

Barrios bajos de los puertos
podredumbres que se exhiben.....
Tabernas donde los muertos
se ilusionan con que viven.
Yo descendí a los suburbios
cuanto sentí la tristeza,
bebí los vinos más turbios
y hallé dulce la pereza.
Yo ví heteras taciturnas,
viejas con mirar de niña,
ofrecerse a las nocturnas
bandas de aves de rapiña.
Yo ví en sus senos exhaustos
morir los rojos claveles,
oílas hablar de faustos
que solo las dejan hieles
.....Por eso cuando he sentido
que mi vida era una carga,
calladamente he bebido
cualquier cosa.... en copa amarga
y, cobardemente, triste-
mente, sin querer, sollozo.....
mas siento que alguien me asiste
y me grita: hay un reposo.....

ENRIQUE PONCE.



Impresiones de Washington

Algunas ciudades han tenido la suerte de ser fundadas en lugares privilegiados, que son como la embocadura de las corrientes de la fortuna y adonde llegan fácilmente los elementos para un gran desarrollo. Constantinopla y Alejandría, constituyen ejemplos clásicos de este hecho en el Mediterráneo oriental y Londres, París y Hamburgo lo son en la Europa occidental. El Nuevo Mundo nos ofrece casos análogos en las metrópolis gigantescas de Nueva York y Buenos Aires. Washington, la capital federal, no puede figurar en este grupo. Ha sido levantada, es verdad, en una posición céntrica de la región oriental y en un hermoso terreno llano o de suaves colinas a orillas del Potomac; pero, ni por sus industrias, que son pocas, ni por su comercio que es relativamente pobre, ni por su animación, puede competir con los grandes emporios de la Unión. Washington es una ciudad artificial creada por la voluntad del estado americano para servir de sede al gobierno de la República, al parlamento federal y a los representantes de las naciones extranjeras. Carece

de aquellas formas de vida que resultan del crecimiento espontáneo de los pueblos; pero sí posee lo que las riquezas de un fisco fabulosamente opulento han podido hacer; y la capital es una población de bellas avenidas, de parques, de magníficos palacios oficiales y que cuenta, en cantidad y calidad, con monumentos como no los hay en ninguna otra parte del país. Una amiga e inteligente escritora chilena me decía con mucha sal que Washington le había parecido una ciudad de día Domingo.

En uno de los extremos de la Avenida de Pensilvania, que es la principal de Washington, se alza el vasto y magnífico palacio del Capitolio, donde se hallan instaladas la Cámara de Senadores, la de Representantes y la Corte Suprema de Justicia. Esta grandiosa fábrica es de estilo renacimiento y su altísima y conocida cúpula se destaca en el fondo de la avenida como una decoración insuperable.

Del palacio se desciende por escalinatas monumentales al vasto y hermoso parque que lo rodea. En los días en que andábamos de visita por ahí, que eran del mes de Mayo y de insoportable calor, el parque del Capitolio, como los otros de la ciudad, constituía un refugio para los sofocados habitantes. Se les veía en mangas de camisa, de espaldas en el césped o sentados a la sombra de los frondosos árboles y tirándoles miguitas de pan a las simpáticas ardillas que, con toda confianza, saltaban alrededor de ellos.

Así como en los países europeos, y especialmen-

te en los del norte, se halla consagrado el estilo ogival como el propio de los palacios consistoriales y otros de caracter público, en los Estados Unidos han recibido consagración análoga para las casas de gobierno los edificios de estilo renacimiento revestidos de gigantescas cúpulas. De esta suerte encontramos imitaciones más o menos bellas del Capitolio en Oakland, en Sacramento, en Madison y otras partes.

La Biblioteca del Congreso, ubicada no lejos del Capitolio, separada de él por un regular espacio del parque mencionado, es también un amplio y bello edificio. No tiene las proporciones de grandiosidad externa que distinguen a aquel palacio, pero en hermosura interior lo supera con mucho. Los mármoles más ricos y de variados colores han sido prodigados y artísticamente combinados en pisos, escalinatas y columnas. Las bóvedas, galerías y salas se hallan decoradas con admirables pinturas murales que simbolizan los estados más importantes de la cultura humana. Sirve de salón de lectura una imponente rotonda octogonal de jaspe amarillo, extensa, alta y magestuosa como un templo. A ella puede entrar cualquiera persona que desee consultar o leer alguno de los dos millones de volúmenes con que cuenta la Biblioteca. A la altura del segundo piso, la rotonda forma una galería o tribuna circular a que tienen acceso los visitantes que no van a leer, y en cuyo antepecho se levantan como adornos cerca de veinte estatuas de poetas, filósofos y escritores, en bronce y de porte natural.

No vacilo en decir que el vestíbulo es de una belleza deslumbrante, y que todo el edificio por su riqueza y valor artístico debe ser el primer monumento arquitectónico de los Estados Unidos. Su magnificencia solo puede ser comparada con el de la basílica de San Pedro en Roma o la del Teatro de la Opera de París.

La Biblioteca posee también riquísimas colecciones de mapas y grabados.

Otro importante edificio de la capital, y de especial valor para los latino-americanos, es el palacio de la Unión-Panamericana. Se ve que se ha querido darle un carácter representativo. La construcción es de un estilo que podríamos llamar tropical del coloniage. El centro de la casa lo forma un gran patio español en el cual se mantienen como adornos plantas de la zona tórrida. En medio de ellas, dan realce a la escena algunos vistosos papagayos. ¿Por qué se ha elegido lo tropical como representativo de toda la América Latina? ¿Los papagayos están ahí como cifras simbólicas de la supuesta verbosidad de los pueblos de este continente y de su disposición a repetir lo que los demás dicen? Quizá no haya habido tal maliciosa ironía, y la preferencia en favor de las plantas y pajarracos de la región ecuatorial haya resultado de que se ajustan mejor que otros a propósitos decorativos en un espacio reducido.

En la cornisa que rodea al patio se destacan los nombres y los escudos de las naciones latino-americanas y en una galería adyacente, puestos en columnas de mármol, se ostentan los bustos de los

héroes de la independencia de estos pueblos: Bolívar, San Martín, Artigas y tantos otros. Una columna se ve desocupada en espera de su busto. ¿Fué destinado quizá por un error a un pueblo desgraciado que no ha tenido héroes? Ah! nó. Es la que debe sustentar la imágen del héroe chileno O'Higgins. Mientras tanto, nuestro padre de la patria, algo del espíritu de Chile, está ausente de aquella congregación sagrada de mármoles venerables.

No podemos ocultar que nos dió pena esta muestra de tanta negligencia.

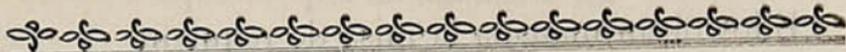
Desde todos los puntos que hemos recorrido, desde todas las calles, playas y parques se divisa dominante el monumento del héroe epónimo de la ciudad, del héroe nacional, del gran Washington. ¡Qué concepción más original y grandiosa!

Más allá de un umbroso parque en los bordes de la población por el lado sudoeste, se alza en una despejada elevación natural del terreno la colosal obra de granito. Es un obelisco inmenso de quinientos cincuenta y cinco piés de alto que se eleva hasta el cielo como un mástil enorme, cortando la bóveda azulada con sus líneas rectas, magestuosas y ligeramente convergentes hacia arriba. La ideación de este monumento rexela cierta audacia artística e intuición psicológica. No era fácil adivinar en la simple contemplación de un plano el efecto maravilloso que iba a producir en la realidad dentro de su extremada desnudez: de aquí que fuera audacia concebirlo; y por lo mismocorresponde admirablemente, como talvez ninguna

otra cosa pudiera haberlo hecho mejor, a la grandeza, sólida sencillez y rectitud del héroe que inmortaliza; de aquí su mérito psicológico. En sus caras lisas de dura piedra gris, no se encuentra ninguna inscripción, ningún relieve, ningún medallón representativo. La columna se yergue soberana sobre la capital y la planicie como un gigante silencioso, reconcentrado y bueno, encargado con su actitud de proclamar por la eternidad la gloria de un grande hombre; como un gigante que despidiera efluvios bienhechores y obrara en los espíritus por la evocación de sus valores morales. «No os admireis, parece decir, de mi mudo continente acerca de mi significación. A mí no me hacen falta caracteres escritos, ni cifras, ni retratos, ni vanos adornos. Vosotros que pisais esta tierra del héroe no podeis ignorar por qué estoi aquí. Miradme, meditad y elevad vuestros corazones en una oración de civismo.»

ENRIQUE MOLINA.





Polvo Dorado.

Del libro "Vuelo en la Sombra".

Como lluvia de flores en campo de armiño,
mis recuerdos alfombran mi ruta soleada.
Soy el mismo muchacho de ayer, y quisiera
ser el mismo muchacho mañana.

Hay un suave rumor de agua siempre viva,
y de hojas que mueve la brisa ligera:
unos labios que besan los míos, y luego
unos ojos que lloran mi ausencia.

Siempre ha sido lo mismo: mis férvidas manos
han formado con plumas de ensueños un nido,
y una tarde cualquiera en que sopló mal viento,
han nevado cenizas de olvido.

— ¡Oh, mis manos, princesas de amor y pecado;
oh, mis dedos, si hablasen, dirían ¡mis dedos!
un poema de suaves contornos humanos,
temblorosos de deseo.

Ellos oirán mañana la misa de requiem
de mi vejez, si baja también a mi huerta.
Mis recuerdos, floridos, el polvo dorado
serán de mis alas inquietas.

A un grillo

(Adoración)

Sobre el libro cerrado, en el vientre de oro de
[una O inicial,
se ha detenido el grillo y se ha puesto a escuchar...
—En mis ojos un beso y en mi sigilo amor...,
dos ópalos bañados en fervor—
Iban ya tantas noches, tantos días,
que cantaba, cantaba, donde y cuando quería!

Grillo, huesped de mis libros y mis versos,
promovedor nocturno de mis divagaciones y en-
[sueños inconexos;
si supieras quien soy ¿endulzarías
con la voz de tus élitros la mía?
¿sería tu sutileza capaz de resistir
el ofensivo aliento de mi humano decir?

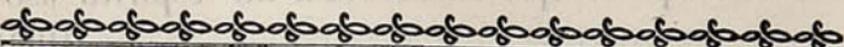
Grillo hermano, grillo hermano,
como un cáliz se abre el hueco de mi mano.
Verás que, aunque soy hombre, no soy incom-
[prensivo,
y que sé no dañar a un ser inofensivo;
te hablaré blandamente,

como a aquélla que en sueños a mi espíritu aso-
[ma;
(no en palabras candentes de algún bárbaro idio-
[ma)

en la lengua que tienen para tí, la borraja,
el trigo, un pliegue, un muro y la brizna de paja.

Grillo hermano, grillo hermano,
hay tibiezas de nido en el hueco de mi mano.

ARM. CARRILLO RUEDAS.


Discurso pronunciado por el doctor Santín C. Rossi,
en la Recepción académica en honor de los doctores Oscar Fontecilla y León Velazco Blanco.

Amigos:

Saludamos en vosotros a dos heraldos de la Ciencia en América.

Por segunda vez venís a testimoniar en Montevideo vuestro fervor por las causas sagradas. Estudiantes, vinisteis a evocar el porvenir del Continente, en un arranque de solidaridad fraternal; médicos, os sigue preocupando el porvenir de América, puesto que estáis aquí para ocuparos de los niños.

Habéis sentido, por dos veces, a largos años de distancia, el deber de las civilizaciones que se acercan a la edad adulta, ese deber superior de no seguir siendo parásitas de las civilizaciones provec-tas. La continuidad de vuestro pensamiento es noble augurio de eficacia.

En el estado actual de América, ya no hay derecho al parasitismo. La gravedad de la hora es demasiado intensa para arrojarla toda sobre los

hombros de Europa, por robustos que ellos sean. Es menester demostrar que el Nuevo Mundo es algo más que un gigantesco mostrador de aduana, que compra ideas e instituciones con la lana de sus



Doctor OSCAR FONTECILLA

corderos y el trigo de sus pampas. “Pesa como una montaña sobre la América Latina—nos lo dijo nuestro doctor Soca en un discurso memorable—la acusación de esterilidad. Habría malgastado sus maravillosas energías en bajos y fútiles placeres, y nada habría llevado al patrimonio común

de ideas y de emociones que son la fuente y la excusa de la vida humana”.

Repitamos con rubor este ultraje, en la esperanza de que las jóvenes generaciones de América tendrán la dignidad de levantarlo. No es que yo piense que deba hacer una ciencia “americana” ni un concepto “americano” sobre las cosas, porque sé que la vida es maravillosamente única a través de sus mil formas, desde el vegetal hasta el hombre, y que así como todos los fenómenos de la vida pueden reducirse en definitiva a una sola función, a la función de asimilar, acaso las mil formas de la vida misma puedan reducirse a un solo fenómeno, el del equilibrio físico-químico de la Energía, ley de la célula que no es hombre y de la molécula que no es célula.

Pero por lo mismo que es discutible la posibilidad de una ciencia regional, es más discutible aún la necesidad de esperar de otros continentes la revelación de nuestros destinos de hombres.

América está situada mejor que cualquiera otra colonia humana para encarar los problemas eternos de la humanidad, porque ya conoce la senda de la Montaña—la Ciencia— y no siente a sus pies la cadena que limita los vuelos definitivos, la Tradición.

Porque el progreso de la humanidad en la ruta de su evolución es una suma algebraica de Ciencia y Tradición. La diferencia entre ambas entidades es más de métodos que de aspiraciones. Ciencia y tradición son dos esfuerzos nobilísimos que hace la inteligencia humana para comprender la

vida, solo que donde la Tradición se detiene, creyendo terminada su obra, la Ciencia sigue investigando. La tradición es la Historia que cuenta los ensayos de los primitivos, mientras la Ciencia aspira a ser una Historia de la Realidad, la historia natural del Universo.

Se repite en las aulas como un dogma la frase de Michelet: "La Historia es la maestra de la Humanidad", a pesar de que esa frase es tan falsa como popular.

Si la Historia fuera la maestra de la humanidad, no hubiera habido en el mundo un César después de un Alejandro, un Napoleón después de un César, ni esa caricatura de Carlo Magno que van a sentar en un banquillo para responder de delitos policiales!

La historia será la maestra de la Humanidad cuando no sea la de los hombres, sino la de la naturaleza.

La historia de los hombres tiene el pecado original del Error, porque faltó en sus documentos el bautismo de la Ciencia: fué hecha por la imaginación ensayista de los hombres, ella si personal o regional, y cambiante como el temperamento individual que la alimenta. La ciencia es, como la tradición, un proceso humano, pero no tiene la pretensión de ser original ni creadora; ella queda sorda a la Imaginación que la empuja desde adentro y vuelve hacia el hombre desde su puesto exterior de observación.

Esa es la sola diferencia entre ambos métodos de conocer la Realidad, pero ella es inmensa y de-

cisiva. Arrancando a la Naturaleza los secretos de su conservación y su marcha progresiva,—aunque se le escaparan siempre los de su origen,—es como la inteligencia humana podrá un día dar estabilidad a sus ensayos, y dejarlos como instituciones definitivas. La Tradición no procedió así, ni era posible que procediera, falta de instrumentos de observación,—y el hombre tuvo que improvisar porque tenía impaciencia por salir del estado animal de la primera colonia humana.

Sería infantil acusar al primitivo de no haber inventado el matraz o el microscopio, pero es tan infantil exigir de la Ciencia la obediencia a la tradición que ocupó un espacio por no haberse inventado todavía ni el matraz ni el microscopio.

Hoy, el edificio de la civilización tradicional cruce un poco por todas partes. Y he aquí que mientras los hombres de ciencia se aprestan al examen de los muros que se caen, los tradicionalistas se eponen, redoblando de energías para apuntalar los techos sin cimientos.

La Tradición es muy fuerte todavía porque arrojó en el terreno más fértil del hombre: el Sentimiento.

Todo lo que constituye la Tradición—obediencia al pasado, el respeto al Presente, el temor a la transformación sacrílega—tiene por base la espontaneidad de un sentimiento, inconsciente como una cuna, sagrado como una tumba. Cuando el sentimiento ha dejado de ser espontáneo y se analiza, la tradición empieza a derrumbarse. Entonces aparecen los renovadores, que no son más infalibles

que los otros hombres, pero que tienen sobre los otros la ventaja de que han perdido la fé en la Tradición, dulce venda sentimental que impide la visión inteligente de las cosas.

Y bien, esta última es la situación de nuestra América en los debates del presente. La propia psicología de la conquista nos auguró esa misión renovadora. Aquí vinieron los aventureros, los rebeldes, los audaces, los segundones desheredados, y su obra primera fué desmentir los dogmas que parecían eternos. Así, practicaban la Religión, que predicaban la fraternidad y la paz entre los hombres, y ellos mataban; creían en la Patria como en una institución divina, y se la arrebataron al nativo para un amo de ultramar; proclamaban la Propiedad, como un derecho de posesión, y ellos robaban la del indígena, que pasaban de señor a esclavo; creían en la familia como en un rito sagrado, y violaban las esposas de los indios, para luego abandonar sus bastardos en los hogares destruidos.

El Sol de los Incas alumbró todas las manchas de la civilización tradicional, y lo que se deduce de los horrores de la conquista no es tanto la falibilidad de los hombres como la fragilidad de los dogmas.

Esto hace la superioridad de América para examinar los defectos de la vida actual del hombre. Todo lo que la mueve es ajeno, y su mentalidad propia tiene un poco el aspecto de sus tierras vírgenes, con alguna zarza de abandono en la superficie inculta, pero intacta la potencia de su fecundidad.

Si la generación actual no hiciera otra cosa que sembrar en la mentalidad americana el culto de la ciencia y el concepto verdadero de la Tradición, ya habría ella puesto la proa del Continente rumbo al destino.

¿Cuál será ese destino?...

Ya no es profecía augurarle como el señorío del Hombre, sobre él mismo y las cosas de su ambiente.

Todo hace suponer que el Hombre, libertado de las tradiciones que lo sujetan al error, levantará sus edificios sentimentales sobre las leyes de la Naturaleza. El tema es vasto y la obra es ardua todavía, pero como la vida es un fenómeno del equilibrio universal, el hombre mismo tiene que entrar en las leyes del equilibrio si quiere seguir viviendo. Yo tengo confianza en el porvenir, porque observo que mientras todos los ídolos caen, la ciencia sigue su marcha triunfal. Pero, por desgracia, los hombres de ciencia son unilaterales todavía. Les falta aceptar el Sentimiento como una fuerza natural, cuyo poder efectivo ahora desconocen o desdeñan. Ciertamente que el Sentimiento no es mensurable, y que siempre quedará por encima o por afuera de la ciencia, como el color cambiante de los pétalos queda fuera de las leyes nutritivas de una rosa.

Pero la Ciencia no se opone en nada al Sentimiento, y en lo único que éste cambiaría si lo aceptara por guía, sería en tener por cauce la Verdad en lugar del Error. La Ciencia no excluye la existencia de las emociones que explica, como el

botánico no destruye el encanto de la rosa cuando describe el pigmento que le da color.

Así, la Ciencia daría como tema al sentimiento religioso el culto de la vida y el amor a los hombres; haría amar a la patria la cooperación social en la conquista sobre el ambiente; haría respetar en la propiedad la necesidad de ubicación en el espacio y el legítimo goce del esfuerzo; consolidaría en la familia la abnegación mutua que dicta el afecto y la emoción de recuerdos que no quieren morir.

La ciencia, en fin, no aspira más que á dominar todos los aspectos de las cosas que rodean al Hombre, y a dárselas al Hombre para su emoción, señora del mundo. Pero no al Hombre actual, pobre Prometeo encadenado á la roca de la tradición, sino al Hombre conocido y explicado á su vez, al hombre completo, libre de los buitres que él mismo ha ejendrado, apto para todas las emociones y digno de toda libertad, porque por haber dominado todas las formas de equilibrio tendrá su equilibrio supremo: el dominio espontáneo de su límite...

Sobre esta visión de gloria termino este mensaje de los intelectuales de Montevideo a dos hombres de ciencia de América, recordándoles que el pueblo que dejó huella más profunda en la civilización fué aquel que pobló el Olimpo con imágenes idealizadas de hombres y mujeres, dándose así por dioses sentimientos humanos que él no pudo perfeccionar.



Fragmentos de la conferencia del Dr Fontecilla,
sobre LA FÉ DEMOCRÁTICA.

¡Cómo influyen en los juicios humanos los afectos que nos dominan! ¡Cómo los sentimientos invaden en impetuoso flujo los dominios de la razón: como la oscurecen o iluminan, la orientan o la pierden! Hermosa página de la filosofía es ésta que estudia las íntimas relaciones y armonías, los contrastes y conflictos de la razón y del afecto, desde los planos suaves y claros de la normalidad corriente, hasta los linderos siniestros de la enfermedad y la locura.

Mucho hablamos de evolución y trasformismo, pero es lo cierto que, sin discutir las sucesiones filogenéticas, en la historia aparece el hombre como una especie fija en el sentido de presentar caracteres propios tan eminentes y distintos del mundo orgánico, que ya se exige la formación de una nueva ciencia, separada de la biología general, la biología humana, en la cual se descubren leyes especiales y exclusivas de nuestra vida, sin corres-

pondencia apreciable entre los seres inferiores. En efecto, señores, la anatomía de nuestro cerebro se asemeja mucho á la de otros animales, pero funcionalmente, hay un abismo entre ellos y nosotros. El cerebro humano culmina por su función y el hombre se define por su función psíquica. Nuestros actos se diferencian de los movimientos reflejos y de los actos más o menos automáticos por la interposición entre el impulso externo y nuestra reacción motora de un elemento psíquico de tal manera preponderante, que imprime al hombre un sello específico. Nuestros actos se determinan sobre todo por este factor interno constituido casi exclusivamente, según el comun sentir, por nuestras ideas. ¿Quién no ha oído proclamar como verdad incocusa este postulado lleno de nobleza: las ideas guían al mundo, las ideas conducen a los pueblos, las ideas arrastran a las multitudes? Se cree afirmar así la definitiva liberación de la especie, la gloriosa supremacía del intelecto sobre las influencias inferiores. Hay, sin embargo, en esas fórmulas así definidas la supervivencia funesta de un error cuyas consecuencias, múltiples y á menudo gravísimas en la vida social, en la vida política y en la vida internacional de los pueblos, vale la pena poner en evidencia. Pero antes de tocar este aspecto tan importante de la cuestión, debo definir mi propia actitud.

Yo no entro en esta amplia casa del pensamiento como delegado de ningún gobierno, como representante de ningún pueblo, como ciudadano de ninguna república, como discípulo de ninguna

escuela, prosélito de un partido, propagandista de un culto o defensor fanático y heroico de ninguna bandera! Entro en mi simple calidad de hombre y me encaro con los fenómenos sociales como ser libre, autónomo y pensante. Si la verdad que yo proclame á alguien hiere, amigo ó extraño, miserable ó magnate, nación ó grupo, no es culpa mía ni de nadie: será una chispa errante que a través de mi cerebro llegó a mis labios y como sabeis, señores, la luz viene de arriba y no podemos evitar que el sol alumbre!

.....

Contra lo que comunmente se cree, en el juego constante de los influjos psicológicos, es el elemento afectivo lo que determina la acción: no es imagen o representación en si misma lo que produce el impulso, sino el tono emocional que la acompaña. Lo que equivale a decir que la fuerza es el afecto, siendo el pensamiento solo su vehículo y nadie discute ni pone en duda el poder dinámico de los afectos que intervienen en las relaciones humanas de tal modo que *a priori*, se puede asegurar su soberanía casi absoluta en nuestra vida diaria, individual y social. La imagen pura, si alguna influencia tiene en el determinismo de los actos, lo ejerce por intermedio del tono emocional que la acompaña. y así afirmamos que las llamadas ideas-fuerza son aquellas que producen estados emocionales o pasionales más o menos intensos. No gobiernan, pues, al mundo las concepciones abstractas y de allí resulta lo que podía preverse: no son los más altos y sólidos intelectos los que acaudillan

y manejan a las multitudes ni son los sabios los que mayor espacio ocupan en el determinismo de las acciones colectivas: son los hombres plenos de pasiones indomables y afectos irreductibles, capaces de despertar por contajio sentimientos análogos en la grei humana; son los evanjélicos y los santos, que arden y se consumen en la hoguera perpetua del misticismo, y son los trovadores y los poetas, esos sensitivos armoniosos y dulces que parecen evaporar todo su espíritu en la divina fragancia de sus versos. Son ellos, señores, los que conducen al mundo: son ellos los fuertes. Aun estamos llorosos por el que acaba de marcharse por los caminos de la gloria: (1) hemos quedado como sumidos en una orfandad inmensa, y al apagarse su voz que fué como una caricia suave y purísima, al cerrarse como en un sueño de justo sus ojos cargados de divinos y superiores reflejos, se ha hecho en las conciencias un vacío angustioso y desolante y nuestro desgarramiento íntimo atestigua que se ha tronchado uno de los más sólidos pilares de nuestra alma.

.....

Y no hay para que insistir sobre un hecho cuya evidencia se impone por sí misma. El afecto es el gran motor de la sociedad; es la fuente inagotable de nuestra energía dinámica; es, en resúmen, el impulso, el movimiento, la acción.

(1). Acababa de fallecer en Montevideo el poeta Amado Nervo

Ahora bien; el progreso se realiza cada vez que una idea útil se satura, por decirlo así, de un tono emocional suficiente para ponerla en marcha. Ideas útiles puestas en movimiento por la emoción; eso es el progreso y prosupone, en consecuencia un doble desenvolvimiento: intelectual y afectivo. Nuestro avance ideológico exige una evolución sentimental adecuada para que se produzca el mejoramiento. Y nuestro progreso sería uniforme y armónico el día que el desenvolvimiento intelectual y el afectivo fuesen paralelos. Pero este paralelismo no existe.

Empleamos nuestra inteligencia y nuestra actividad donde podemos, pero sus resultados varían según el punto de aplicación. Esta aplicación, en la naturaleza, produce la ciencia; esta aplicación, sobre la humanidad misma, produce la moral, y con la moral, la justicia. Pero de las dos tareas, una es más fácil que la otra y va más de prisa. Conocer y dominar a la naturaleza, es un juego comparado con la obra de conocer y moralizar al hombre. Y de esta falta de paralelismo entre las dos formas fundamentales del desenvolvimiento humano resultan todos los conflictos y todas las crisis de la sociedad. El desenvolvimiento intelectual tiene como resultante el conocimiento y el saber; el desenvolvimiento y el saber; el desenvolvimiento afectivo se singulariza por el ensanche continuo de un sentimiento básico: la simpatía humana. La idea nueva puede ser todo lo atrevida, todo lo cruel y todo lo peligrosa que se quiera: no hará daño alguno a la sociedad si se le opone

como defensa el sentimiento invencible de la simpatía humana.

Como dos corceles de desigual vigor y de empuje desigual, el progreso intelectual y el progreso moral nos tiran de traves y a veces llegan a comprometer en forma grave la marcha del convoi. Cuando el retardo del desenvolvimiento afectivo es demasiado grande en un grupo civilizado, puede llegarse hasta la aberración de emplear todas las fuerzas de la vida en la producción de la muerte. Ahí está el caso reciente de Alemania.

Acabo de leer el notable discurso de Poincaré en la Escuela Normal Superior; creo imposible que se resuma con más habilidad el largo proceso histórico que nos explica la conducta anti-humana de los imperios centrales. Sin embargo se puede ahondar más aun el estudio científico de este caso. Recuerda Poincaré la frase de Ernesto Haeckel en su *Antropogenia*: «La fuerza prima sobre el derecho,» y la de Hasse: «La moral del amor al prójimo, que puede ser admitida entre individuos, no debe ser tolerada entre naciones». A esto hacen coro 93 famosos profesores, hombres eminentes, universalmente conocidos. Y en realidad no hacen sino formular las últimas y estremas consecuencias lógicas de su ciencia. Allá nos llevaban las deducciones razonadas de la biología, como podemos verlo en las propias obras de Le-Dantec: «Espíritus jenerosos han deseado el advenimiento del reino de la ciencia, porque han visto en él la promesa del reino de la justicia. Hay que desengañarlos; el reino de la ciencia, si es posible, si una humanidad lógica

es capaz de vivir, no será el reino de la justicia pues la justicia no es una verdad científica. Es necesario ser muy poco clarovidente para no percibir que la moral es una supercheria. No se trata ya de saber cuál es la causa buena y cuál es la mala. Las armas decidirán y el buen derecho será el del vencedor. Los hombres que creen verdaderamente en esta vieja moral son unos ingenuos. La moral está en quiebra y no se rehabilitará sinó para los imbéciles. No hay más derecho que el que se puede defender a cada instante por la fuerza". De donde fluye esta conclusión: "Los descubrimientos científicos contradicen los principios sobre los cuales reposa la sociedad humana desde hace siglos y que la guerra actual ha reducido a la nada, mostrando que, en las grandes ocasiones, todo el mundo se inclina ante el derecho del mas fuerte».

Pero cómo la ciencia pudo llegar a proclamar estas fórmulas monstruosas?

La ciencia positiva contemporánea se halla impregnada y dominada de un lado por el dogma del transformismo y la doctrina evolucionista, de otro lado, por la unidad de las leyes de la naturaleza, desde el guijarro hasta la amiba y desde la amiba hasta al hombre.

La tendencia general de la ciencia a medida que progresa, es la de acercarse más a la unidad. Mientras mejor se conocen los diversos cuerpos que forman el universo, mejor se aprecia el carácter general de las leyes a que se llega; se tiende así a universalizar las relaciones y las leyes que la ciencia experimental ha revelado y se concluye en el

monismo científico, es decir, en una ciencia única para todo el universo: cuerpos inanimados, seres vivos, hombres. I es esta ciencia única, comun a todos los cuerdos del universo lo que se quiere dar por base y fundamento a la nueva filosofía.

Se ha estudiado la serie de todos los cuerpos del universo, desde el hombre hasta la amiba y hasta el guijarro y se ha declarado que idénticas son las leyes para todos y que es imposible descubrir en un término de la serie, el hombre, por ejemplo, una facultad que no se halle ya en grado más o menos desarrollado, en los términos más inferiores de la serie. Es el antiguo razonamiento de Diderot: el hombre es una arcilla viva; además es un ser pensante. Por consiguiente, para la ciencia así comprendida, siendo iguales las leyes en todos los grados de la escala de los seres y de los cuerpos del universo, no pueden existir para el hombre reglas de conducta diferentes de las que rijen para el conjunto del mundo: no hay, pues, más obligación moral, deberes y derechos, ideas del bien y de lo justo en el hombre que en el guijarro; el uno y el otro obran fatalmente, no hay más moral para el uno que para el otro: se suprime la moral.

Para esta misma doctrina, desde el punto de vista de las relaciones de los individuos entre sí, sólo es aplicable e inteligible la ley de la lucha por la vida, que es la ley darwiniana del universo entero; no hay deber de solidaridad y de colaboración para el progreso entre los hombres que entre las piedras del camino y los árboles de una selva;

no hay más derecho interindividual o internacional que el que crea la fuerza; todas las asociaciones humanas se basan exclusivamente sobre el egoísmo y su capacidad de dañar. Aceptando estos principios se acaba la sociología y la moral, o mejor dicho, se llega a promulgar, con toda la autoridad de una ciencia separa de sí misma, una moral absolutamente inmoral y una sociología antisocial que nos conduciría, aplicándola, a la destrucción total y definitiva, no sólo de todo el progreso humano, sino de toda la sociedad humana.

Y bien, señores, en estos postulados, cubiertos con un manto tan augusto, hay un error, error profundo que toma ahora proyecciones trágicas, sangrientas y terribles. La ley de Darwin no se aplica en nuestra sociedad como se aplica en los animales porque entre nosotros la modifica sustancialmente una fuerza nueva, poderosísima, de la cual han de tomar nota los investigadores y los sabios si quieren construir la nueva ciencia que se reclama, si quieren construir la biología humana. Esta fuerza, este factor es la simpatía humana, ese sentimiento que, como decimos define en cierto modo nuestro desenvolvimiento afectivo ensanchándose perennemente i dando a nuestra especie su sello propio, único y característico.

Entre los pueblos germánicos, el lamentable atraso de su desenvolvimiento afectivo hizo posible ese consorcio abominable del error científico con un misticismo primitivo correspondiente aca-

so a etapas ancestrales y remotas de la especie. Esta desarmonía, este verdadero desdoblamiento de la personalidad, puede revestir tanto en el individuo como en los pueblos las formas jenuinas de la vesania y traducirse por actos de verdadera locura. Felizmente las naciones más civilizadas, aquellas en que la simpatía humana alcanza el máximo, lograron encerrar a los pueblos de tendencia anti-social en una invencible camisa de fuerza. Y como la justicia moderna es no sólo represiva sino preventiva, como no sólo ve el crimen, sino que estudia al criminal, para comprender la actitud severa de Inglaterra y Francia en los momentos actuales, es preciso tener presente que se hallan abocados al grave problema de prevenir futuros accesos delirantes y místicos de la Europa Central. No ejercen venganza: hacen la profilaxia.

Sin embargo, señores, no diríamos la verdad entera si no afirmáramos que esta desarmonía existe también en ciertas gradaciones en todos los pueblos de la tierra. Esta desarmonía existe, además en todos los hombres. Es más acentuada, más patente, más honda, en los individuos que en la sociedad y que en los pueblos, lo que equivale a decir que la sociedad en su conjunto es mejor que cada uno de nosotros; la humanidad es mejor que el hombre. En sociología, no es cierto que el todo sea la suma exacta de las partes, y así ocurre que un ejército puede resultar mejor que sus soldados, así como el amor, según la expresión de Musset, es más bello que los amantes.

Esto es una verdad incommovible y fecunda: la sociedad mejor que el hombre, lo toma, lo corrije, lo moldea, lo levanta, lo dignifica y lo guia. El individuo solo, aislado, entregado a su propio instinto, el hombre primitivo, en fin, no es molestado por ningun lazo, no se halla cohibido en la satisfacción de su egoismo por ningun deber, no lo detiene ningun sentimiento moral. Pero he aquí que llega la asociación que lo libra de su propia bajeza, de su propia ferocidad y lo defiende contra la ferocidad de los otros hombres. Esta nueva entidad superorgánica que llamamos sociedad, no sólo lo auxilia y favorece en su lucha con el medio cósmico; lo abriga tambien contra la agresión humana. El triunfo del socialismo (tomo el término en su más amplio sentido) sobre el individualismo ancentral, es, pues, el triunfo y la liberación del individuo, porque, lejos de deprimir la libertad, permite, por el contrario, su desarrollo, en lo que ella tiene de superior y de noble,

Por consiguiente, la sociedad empuja al hombre hácia arriba, pero lentamente. El individuo está en retardo respecto de la sociedad. He aquí una prueba. Acabamos de celebrar una grande y hermosa asamblea destinada a estudiar los medios de conservar y mejorar la raza protejiendo a la infancia. Tengo a la vista las conclusiones de este congreso: ellas son verdades científicas, son rectificaciones justicieras, son medidas santas y humanitarias que los sabios aconsejan y proponen a la sociedad. La sociedad americana las acepta, las acoje, las aplaude. Mas, ¿cuánta parte de este código jeneroso

se aplicará en la vida, cuántas de estas reparaciones escritas se traducirán en efectiva justicia, cuántas de estas verdades se pondrán en marcha? Por el momento una mínima parte, y trabajosamente, penosamente, porque el egoísmo individual se defiende con dientes y uñas; el grito feroz de las cavernas aun resuena en los palacios y el lobo se pasea, ufano y amenazante, entre las multitudes que tiemblan y que lloran.....

El hombre está en retardo, Y en el orden político, es facil comprobar que las democracias se hallan por encima de los ciudadanos, pues el sistema presupone una virtud que aún no existe. En efecto, señores, una democracia exige una fé democrática y en la inmensa mayoría de los hombres esta fé está ausente. Verdad particularmente aplicable a la mayoría de los pueblos latinos. Y a la vista de los hechos, si debemos aceptar que la democracia es el mejor de los régimenes, convengamos también en que la pseudo-democracia es el peor de todos.

La democracia se haya escrita en las leyes, pero no se ha incorporado a las costumbres. La República decreta el régimen, pero la vida no se adapta sino muy lentamente a esas fórmulas verbales; subsiste el abismo entre la idea y el afecto capaz de ponerla en marcha y de convertirla en mejora efectiva. Y creemos a veces haber alcanzado un gran progreso cuando solo hemos hecho un declaración abstracta. Nacida de la razón y decretada por ella, la democracia aún no cuenta con

el asentimiento caluroso de nuestros corazones. La igualdad que solo es un derecho, muere y se corrompe: no hay que decir que somos iguales a nuestro prójimo; hay que desear serlo. No se legisla la fraternidad: hay que sentirla. No podemos obligarnos a ser libres; tenemos que capacitarnos y merecerlo. La libertad es no solo un derecho: es una aptitud. Como afirma Wilson, las esperanzas de la especie no pueden mantenerse solo con palabras, con declaraciones doctrinarias referentes a la libertad y al derecho: el objeto de las democracias es transformar estas cosas en vida y acción sociales, en sacrificios y en renunciamientos. Consiste en que los hombres y las mujeres hagan de su existencia una encarnación del derecho mediante un servicio social claro y consciente.

Difícilmente se podría resumir en menos palabras y con más elocuencia todo nuestro problema social: poner en concordancia al ciudadano con el hombre; poner al individuo en su vida y en sus costumbres en armonía íntima, real, definitiva con el régimen decretado por la sociedad. Hasta ahora hemos unido estos términos por una lógica abstracta, en el derecho, pero no en el hecho. Y mientras esta adaptación no se haga efectiva, por la moral, mantendremos una vana apariencia de concordancia mediante el mecanismo político y las declaraciones ideológicas. Nuestras fórmulas, entre tanto, serán letra muerta: si no creemos en nuestros dogmas, nuestras acciones pugnarán con nuestros principios, nuestra conducta reposará sobre una mentira perpetua y no curaremos este

mal de las democracias latinas: la falta de fé democrática.

¡Y qué grave y qué peligrosa es esta situación de desequilibrio interno! Qué funestas consecuencias va teniendo sobre todas las manifestaciones de la vida esta democracia ilusoria y falaz! Psicológicamente, crea el igualitarismo; económicamente, la desigualdad. Del individuo no emancipa sino el deseo, pero lo hunde de hecho en la servidumbre. Este sistema presupone que todos los hombres son naturalmente iguales y que tienen igual derecho a hacer triunfar sus intereses. Pero como esta igualdad natural no existe, y como las instituciones sociales y la herencia histórica la hacen doblemente imposible, se sigue que el número de los vencedores disminuye cada vez más, mientras que el de los vencidos a los cuales se rehusan las ventajas de la libertad y los goces de la vida, aumentan sin cesar. Este sistema crea en los hombres, que se dicen libres y que se sienten esclavos, un estado de ánimo incompatible con la existencia. ¡Cuántas veces, por mi oficio he tenido que asomarme a esas almas torturadas y dolientes en las cuales la mentira política, la mentira económica y la mentira social habían cegado para siempre las fuentes de la alegría íntima y paralizado el juego fecundo de todas las energías morales! Eran los tristes despojos que el régimen de la incoherencia y del desequilibrio arrojaba sobre nuestros brazos impotentes, y viendo salir a uno de estos libres ciudadanos de la República, tristes esclavos de la vida, exclamé con amargura: la pseudo democracia sir-

ve para engendrar la ambición arriba y la inquietu dabajo; la hipocresía en unos, el cinismo en otros, el desencanto en todos.

Avanzamos, pues, en sentido inverso de nuestras ideas: los pueblos aspiran a la democracia, pero la civilización no la realiza, pues bajo la divisa de la igualdad no hace sino aprobar las desigualdades. ¿Será entónces verdad lo que sostenía Rousseau cuando decía: «Si hubiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente; pero un gobierno tan perfecto no conviene a los hombres»? No lo creo, y permitidme, que mirando al porvenir, yo mezcle a mis palabras el soplo de mis anhelos y esperanzas. Abomino de la democracia falsa, más confío y espero en la jenuina y verdadera: veo en ella al instrumento irremplazable de las próximas y gloriosas transformaciones que se diseñan ya en la sociedad humana. Pero afirmo con un convencimiento íntimo que para cumplir ese inmenso destino, la democracia ha de encenderse y exaltarse primero en una fé que le falta. La democracia sin fé es algo inconsistente: es un espectro, es una sombra.

Entre tanto, señores, miremos en torno nuestro; mirémonos nosotros mismos: ¿adónde está el principio de abnegación realmente eficaz que poseemos? ¿Adónde está la creencia que alimenta nuestro espíritu como las sustancias nutren nuestro cuerpo? ¿Adonde está el afecto que dé vida y calor y movimiento a nuestras ideas? ¿Adónde ese soplo místico que a traves de las edades ha venido sosteniendo a los hombres para que alcancen las

cimas del sacrificio, las cumbres de la gloria, las alturas del progreso? Porque si el progreso presupone ideas y afectos, sentimientos y raciocinios, inteligencia y fe; y si ésta es eterna como la razón, y como la razón, necesaria; si solo cambia de forma con los tiempos y nunca muere, yo me pregunto ¿cuál es la forma nueva de la fe, en qué consiste la fe de los tiempos nuevos? ¿Cuáles son las fuerzas afectivas y cuáles las creencias de que puede disponer una democracia para realizarse de veras en el corazón de los ciudadanos? ¿En qué signo conoceremos, para hacerlos conductores del pueblo a aquellos hombres en quienes arda el amor verdadero del bien público? ¿Cómo fundar esta nueva religión y cómo reclutar prácticamente a los sacerdotes de la democracia? Se dice que esta no es el gobierno de todos, sino el gobierno de los mejores. Más vale decir entónces: la democracia es el gobierno del hombre por la justicia, y como la justicia es una función moral, yo agrego: o convertimos la democracia en un objeto de fe y la inflamamos de un aliento espiritual y místico, o seguirá siendo indefinidamente una frase y una mentira.

.....

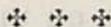
Al amargo deber de proclamar estas verdades se combina hoy para mí la gran satisfacción de sostener que entre todos los pueblos latino-americanos, es el Uruguay el que más rápidamente avanza en la transformación mejoradora, pues el sentimiento de la simpatía humana no solo vibra en su legislación y en sus fórmulas sino que pal-

pita cada vez con más fuerza en el corazón de sus hijos: la pseudo-democracia se va trocando aquí en fecunda genuina democracia.

Fué un bello torneo de cultura en Montevideo, que con justicia ha sido llamada la Atenas de América, el Congreso del Niño, que motivó al viaje de nuestro distinguido amigo el doctor Fontecilla y su solemne recepción académica en la Universidad uruguaya.

Con satisfacción y orgullo reproducimos el conceptuoso discurso del profesor *Santin C. Rossi*, profundo hombre de ciencia, autor del bello libro *El Criterio Fisiológico*, y fragmentos de la conferencia del Dr. Fontecilla, en la imposibilidad material de reproducirla íntegra como habríamos deseado.

Reciba el estimado doctor nuestra gratitud por su deferencia y las felicitaciones de *Juventud* por su intensa y serena labor social.



De "Los Poemas Cristianos"

Por el desierto de Judea,
por las riberas del Jordán,
Juan, el Bautista, que a los hombres
viniera enviado de Jehová;
decía, lleno de una santa
indignación y magestad:

Arrepentíos porque el reino
del cielo se ha acercado ya,
quién os habrá enseñado a huír
de aquella ira que vendrá?

Y a él vendrán de lejanas
tierras las gentes a escuchar
la sencillez de su palabra
toda desnuda en la verdad.

Y bautizaba con las puras
y santas aguas del Jordan.

Peludos cueros de camello
vestía, humildemente, Juan,
tiernas raíces y langostas
y miel silvestre eran su pan.

Si poderoso ante vosotros
soy por la gracia de Jehová,
aquel que viene tras de mí
mucho mayor poder tendrá.

Su amor será una llama roja
que toda cosa abrasará,
y su palabra habrá de ser
para el espíritu, maná.

Su vida hermosa y dilatada
tendrá la inmensa magestad
de estas serenas, milagrosas
aguas eternas del Jordán.

Aquel que viene tras de mí
mucho mayor poder tendrá,
ni las sandalias de sus piés
digno soy yo de desatar.

De los «Salmos Amorosos».

Generoso fué el destino
que tus pasos impulsó
trayéndote hasta mi vida
triste y ávida de amor.

Llegaste, niña, y mi vida
que tu arribo presintió,
para que entraras en ella
como amanecer se abrió.

Amada mía, como era
sencillo tu corazón,
encontraste mi ternura
hija de un viejo dolor.

Y mi ternura infinita
gozozamente te abrió
sus dos brazos maternos
para acoger tu candor.

Bendito sea el destino
que tus pasos impulsó
trayéndote hasta mi vida
triste y ávida de amor.

ARMANDO BLIN.

* * *

El Pecado de Juventud.

Acto III

ESCENA I

ERNESTO.—(*paternal*) Si Miguel, Ud., no debe abandonar a Juan Manuel. Su tío lo quiere mucho. Aquí, a su lado, está su porvenir.

MIGUEL.—Es que yo no pienso solamente en mi porvenir material, tengo ideales, y en este ambiente poblano no se puede vivir, sino brutalmente; nada más que acumulando dinero.

ERNESTO.—Pero quien le iba a exigir que solo pasase aquí, podría ir a Santiago de cuando en cuando.

MIGUEL.—(*franco y rotundo*) Sería inútil. No podría dar desarrollo a ninguna de mis ideas, sabiendo que estaba protegido por mi tío. Créame que me sería odiosa su protección,

ERNESTO.—Pero ¿por qué le sería odiosa? Hasta ahora no la ha desdeñado Ud.

MIGUEL.—Es que hasta ayer, no era sino un simple estudiante. En adelante, podré trabajar solo.

ERNESTO.—Pero siempre tendrá Ud. una gran deuda con su tío.

MIGUEL.—Eso es lo que me duele. Pero creo que si la suerte me acompaña, podré recompensarle y con creces, todo lo que le soy deudor.

ERNESTO.—No parece sino que le tuviera odio a su tío.

MIGUEL.—A él, personalmente, nó; pero es que no puedo olvidar su caracter sacerdotal. No creo en nada, ni en nadie, por eso me era odioso aceptar su protección. En estos últimos tiempos, créamelo Ud., me quemaba las manos el dinero que recibía de él; sentía verdadero remordimientos al gastarlo y pensar, que provenía del ejercicio errado, a mi modo de ver, que se hace de las doctrinas de Cristo.

ERNESTO.—(*un poco terminante*) No quiero ofenderlo Miguel, pero me parece, que no tiene Ud. derecho de invocar el nombre de Cristo, cuando está mostrando al desnudo su ingratitud, para el hombre que ha sido su padre.

MIGUEL.—No puede Ud. ofenderme. Se que en este caso no hace sino el triste papel de abogado de una mala causa. (*Como inspirado*) Padre; nó! Esa palabra es sagrada para mí. Mi tío, habrá sido un protector; pero nada más, nada más. Un padre, ¿sabe cómo lo comprendo yo? (*En tono emocio-*

nado y nerviosamente) Sintiendo siempre las palpitations del corazón de su hijo, sufriendo con sus inquietudes, enseñándole de alma a alma, el camino de la vida, haciéndole ver todo el lodo que hay en ella, toda su idealidad, y toda su belleza, para que así, el hijo adolescente, que se siente solo y a punto de naufragar entre los egoismos humanos, tenga quien le diga la verdadera senda de elevación que debe seguir noble, ante la pequeñez del común de la gente.

ERNESTO.—Y Juan Manuel, que ha sido para Ud. entonces?

MIGUEL.—(en tono de tristeza y decepción) Un protector frío: todos los primeros del mes, recibía de él, una carta en que me decía que estudiara, que no faltara a clases, que me recibiera para tener aquí, después, una vida cómoda y tranquila.

ERNESTO.—¿Y que más quería, Ud?

MIGUEL.—Ud. es de la misma escuela de mi tío. No puede comprenderme. Yo quería más, mucho más. Una vez, (*confidencialmente triste*) le escribí desde la hostilidad de mi pieza de pensionista, una carta honda y dolorosa, le confiaba las primeras inquietudes de la adolescencia, el dolor que había experimentado al visitar el hogar de un compañero, donde una madre amante, era la buena amiga que seguía de cerca sus estudios y que con la comprensión única del instinto natural, sabía, con sus palabras de filial cariño, restañar la sangre, que todo corazón joven, siente manar de él, cuando da los primeros pasos por el camino

del amor. Le decía, a mi tío, en esa carta, que me sentía tan solo, que me dolía tanto, saberme huérfano de afectos.

ERNESTO.—(*aparte*) El mismo dolor que él experimenta ahora.

MIGUEL.—Y sabe Ud. qué me contestó?:

Ni una frase que dejara ver un poco de comprensión, palabras vulgares, nada más: que me resignara, que la vida era así, que fuera a la iglesia, que con el tiempo sería rico y podría formar, aquí, mi hogar. La carta me dió frío, mucho frío. Me sentí desfallecer, pedía mi alma ingenua, un poco de corazón, y se me hablaba fríamente de dinero y comodidades futuras. ¡Cuánto daño me hizo entonces, mi tío, con su serenidad! Fué el primer golpe grande en mi vida y quizás si a él, le debo que Ud. ahora, me llame ingrato....

ERNESTO.—Es que Ud., Miguel, está engañado, no comprende a su tío.

MIGUEL.—Tampoco él, me comprende a mí.

ERNESTO.—De modo que está Ud. resuelto a irse.

MIGUEL.—Definitivamente resuelto.

ERNESTO.—Y yo le ruego que lo piense mucho. Juan Manuel, es bueno, muy bueno y ahora él, también sufre.

MIGUEL.—Es inútil. El ocupa en este caso, en mi gratitud, lo que para otros muchachos sin recursos, la Liga de Estudiantes Pobres, un poco más, talvez, mi tío.

ERNESTO.—Al hablar con él, Ud. se convencerá

de lo contrario. Bueno, perdone que lo haya molestado con mis consejos, mi intención ha sido buena.

MIGUEL.—Lo comprendo. No hay de qué.

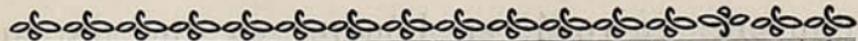
GUILLERMO BIANCHI.

G. B.—Guillermo Bianchi (Shanty) como diarista ha hecho una labor incansable y honrada y como hombre de arte ha publicado *El Cura Sentimental*, simpática primicia en que la crítica saludó una revelación.

Como autor teatral ha estrenado *Pecado de Juventud*, drama en 3 actos, y prepara *Los Precursores*.

Pecado de Juventud fué un triunfo, a pesar de la oposición obstinada y inútil de la crítica oficial que ha llevado su rencor mediocre y pueril hasta el colmo de borrar la obra de sus catálogos anuales ensalzando en cambio a sus insignificantes corifeos.

Los Precursores, cuyo primer acto conocemos, es una obra tendenciosa y está llamada a triunfar por la belleza de su concepción y por la fuerza que su autor ha puesto en ella.



Del Dr. Mauricio Boigey, de su libro *L'Elevage Humain*.
(Traducido para "Juventud" por don Demetrio Salas).

Educación Física.

«Cada uno tiene la salud que se merece: los pueblos, por sus leyes; las familias, por sus costumbres sanitarias, y los individuos, por su educación moral y física.—(Dr. Landouzy).

La Educación Física debe ser ecléctica.—Dosificación en los ejercicios.—El equilibrio físico, condición del equilibrio moral.—Deformación del cuerpo humano por la sedentariedad.—El movimiento bajo el sol y los colegios de atletas.—El método natural de Educación Física.

De grado o por fuerza, es necesario volver a la Educación física. La educación intelectual ha dominado demasiado tiempo casi exclusivamente. Todo se le ha sacrificado. Todas las atenciones han sido para el espíritu y, poco a poco, el cuerpo se ha visto despojado de ellas.

Hemos pedido aire en los programas y en las escuelas; hoy lo exigimos para los pechos. En Nu-

remberg, en 1904; en Lóndres, en 1907, y en París, en 1910, los congresos internacionales de higiene escolar han formulado ya estas tres reivindicaciones esenciales.

Los pedagogos deben resolver este doble y delicado problema: combatir los excesos de la sedentariedad escolar y mejorar la educación intelectual por métodos que permitan disminuir el tiempo consagrado al estudio o a la enseñanza. «No es una alma, no es un cuerpo lo que se modela, decía Montaigne, es un hombre; no se debe dirigir al uno sin el otro, sino conducirlos igualmente como una pareja de caballos uncidos al mismo carro».

Ya parece existir la convicción profunda de que los ejercicios, los juegos y los deportes al aire libre son indispensables, no solamente para el crecimiento normal de los adolescentes, sino también para su desarrollo intelectual y moral. La cultura de los deportes tiende a resultados higiénicos y morales; prepara a la vida práctica que es hecha de esfuerzos.

La falta de atención, que a menudo no proviene sino de la preponderancia de un sistema nervioso demasiado impresionable, es combatida eficazmente por los hábitos higiénicos y la disciplina del cuerpo.

En educación física, el principio fundamental debe ser el eclecticismo. El exclusivismo está en oposición con las leyes, las necesidades y las tendencias de la vida. Lo que necesitan nuestros niños no es la hipertrofia del músculo, es la destreza, la flexibilidad, la agilidad, la audacia, la

gracia y la elegancia, que son los elementos que concurren a un equilibrio perfecto.

Nuestra época es deportiva. La edad del músculo revive. Georges Rozet ha descrito elocuentemente sus fiestas. Es la reacción que debia seguir fatalmente a la crisis sentimental de los cincuenta últimos años. La virilidad de la raza estaba comprometida por un feminismo desencatado. El menosprecio filosófico de lo «trivial» nos ha conducido a la sedentaridad, a la atrofia muscular, a las enfermedades de la nutrición y a la artero-esclerósis que las termina trágicamente.

El deporte es una nueva religión que tiene sus sacerdotes y sus discípulos. La palabra religión no es una metáfora, pues nosotros volvemos insensiblemente por vías múltiples y estraviadas al egotismo antiguo, tan bien caracterizado por la morfología vigorosa de sus divinidades. El renunciamiento de sí mismo, el espontáneo impulso del alma hácia los sentimientos altruistas, la inclusión de todo ideal en el ideal religioso y la exaltación moral han pretendido descuidar enteramente el soporte anatómico de nuestros pensamientos. Los Cristos enflaquecidos del Renacimiento que copian servilmente nuestros contemporáneos fabricantes de imágenes han puesto en evidencia estas concepciones. Ellas difieren de aquellas, más ingenuas y más verdaderas tambien que representaban al Buen Maestro bajo los rasgos de un hombre magnífico y atrayente. Tambien difieren no menos de las esfiges espléndidas de los dioses de la antigüedad.

Los primeros grandes sacerdotes de esta religión

fueron: en Suecia, Ling; en Francia, Amoros. Su acción sobre las masas se reforzó más tarde con todo el peso del prestigio del trabajo de los médicos. Claudio Bernard, Duchenne de Boulogne, Chauveau y Marey estudiaron la función muscular. Pero el verdadero precursor, hoy desaparecido, Fernando Lagrange, tuvo el mérito de vulgarizar las bases de la ciencia del movimiento. Al mismo tiempo que él, Demeny, ántes colaborador de Marey, se dedicaba sobretodo a la cinética. En fin Jorje Hébert, el más jóven, el más popular también entre los iniciadores, hacía el gran paso de la teoría a la práctica; es a él a quien se debe el primer trabajo de rejeneración efectiva, la cosecha de los primeros frutos.

La nueva relijión nos promete la próxima venida del hombre completo. De las múltiples experiencias, de las lecciones de cosas diarias se desprende que las prácticas deportivas han llegado a ser una escuela de orden y de reflexión. Una buena educación física duplicada de una buena cultura intelectual, hé ahí la fórmula. El culto de Higiene vuelve a tener sus adeptos, lo que es una felicidad, pues sabemos que es ella a quien debemos las heroicas y gloriosas falanjes de nuestros soldados. Los adolescentes del contingente de 1916 han mostrado lo que se puede esperar de un entrenamiento metódico de la juventud. El hombre está construido para vivir un siglo, y más de la mitad de los hombres no alcanzan a la cincuentena.

Un poco de agua, una cierta temperancia, la práctica de la marcha: hé aquí cómo mantener la

juventud en estado de vigor, dar a la edad madura un agradable virilidad y prolongar la vejez.

Nosotros aun no hemos jeneralizado el aseo corporal. En nuestros liceos, los cursos de gimnasia son seguidos por toda la clase, es decir, que los conocimientos adquiridos hacen mérito para que todos los alumnos hagan la misma clase de ejercicios, así como hacen ortografía o cálculo. No se toma en cuenta ni su desarrollo físico, ni su estado de salud. En los cursos de adultos, en las escuelas elementales y en las escuelas normales primarias, se ha trazado un hermoso programa de higiene; pero no ha sido mas que un cuadro ideal: jamás se ha realizado.

Apesar de los adelantos de la higiene, existen escuelas donde se obliga a los niños a la inmovilidad y donde se les prohíbe correr durante los recreos.

Es necesario volver al culto de la enerjía. La iniciativa y la actividad de los juegos son signos de independencia y de intelijencia. Bajo el materialismo aparente de las fiestas del músculo se oculta el interes del brillante prestigio de lo bello. El deporte marca la vuelta a una naturaleza embellecida por la pureza de la forma. Concluye en el amoldamiento de la materia evolucionando hacia la perfección orgánica.

El esfuerzo físico siempre ha mejorado a aquellos que lo practican con puntualidad e intelijencia. *Deportarse* es una antigua locución del siglo XV. Era sinónimo de *hacer deportes* y nos ha venido del otro lado de la Mancha, apesar de que allá lo

han recibido de nosotros. El ténis y el foot-ball son antiguos juegos franceses. Nuestros antecesores los conocían y a ellos recurrían para su entrenamiento.

En la educación de Gargantua, Rabelais daba grande importancia a los ejercicios físicos. Mientras que Ponócrates instruía a su héroe en las letras griegas y latinas, ciencias matemáticas y otras “un joven gentil-hombre de Turena nombrado escudero jimnasta, le mostraba el arte de la caballería, y este arte es a la vez la equitación, la caza, la natación, el tiro y la jimnástica propiamente dicha”.

Recordemos también que Sófocles danzaba el *pean* y que Platón debía al atletismo el notable desarrollo de sus espaldas. En Grecia, los *peditribes* eran médicos especialistas que se ocupaban exclusivamente de la cultura corporal.

Quiérase o no, la virilidad, la energía, el sentimiento de la acción y la necesidad de la independencia no se desarrollarán jamás bajo un régimen que atrofie el cuerpo y que haga de él un estorbo... Al contrario, los jóvenes entrenados en los diferentes deportes son manifiestamente preparados a la vivacidad y a la iniciativa. Ellos han aprendido a triunfar de su organismo y a domarlo, lo que es la mejor garantía para tener éxito en la vida. Tal juventud es la esperanza del país.

En 1860 no existía sino una sociedad de gimnástica en Francia, en Guebwiller, pequeña ciudad del alto Rin. En 1869, había quince, tres en París, una en Espinal, una en Vesoul y diez en Alsacia. Desde 1850, fué necesario bajar dos veces el míni-

mu m de la talla de nuestros soldados, y habríamos llegado a ser un pueblo de enanos, si no hubiera sido aplicado un remedio enérgico. Los ejercicios de la carrera, el salto, del disco, de la palestra y del carro debieran reconquistar en la vida moderna el lugar que ocupaban en la antigüedad.

“La primera condición, la condición indispensable para tener éxito en la vida, es ser un buen animal”, decía socarrolamente Emerson, y su pensamiento puede ser completado por el de Herbert Spencer: “y la primera condición de la prosperidad nacional es que la nación sea formada de buenos animales”.

En uno de los torneos oficiales que tuvieron lugar un poco antes de la guerra y que en 1914 tuvo los honores de la Sorbona y de la Academia de Medicina, se habló muy seriamente del renacimiento físico. Por dos informes, supe que Maeterlink era un luchador de mérito, y que otros escritores notables eran enarcorados del box. A todos pareció que la unión de cuerpo con el espíritu estaba realizada y que la cultura del «yo» se aliaba perfectamente con la del músculo. Se nos presentó los atletas del coronel Cordier; se gustó del método calisténico de Mlle. Hart, el sistema de R. N. Duncan y el notable y clásico método de M. Demeny. La Escuela de Joinville se superó a sí misma; y en fin, Jorje Hebert exitó el entusiasmo general.

Sin embargo, parecía que la dosificación de los ejercicios físicos no se había determinado con exactitud y que los métodos podían ser todavía tacha-

dos de convencionalismos y de un cierto dogmatismo. . . . Entre todos los otros—y esta fué la causa del éxito—el de Hebert nos pareció como el más ecléctico. El ha contribuido, con hombres de una constitución media y a veces mediocre, a formar miles de atletas. Ese es el método que nos ha dado los inmortales marinos fusileros de Ypres.

Los tiempos en que se hacía largas disertaciones sobre la inutilidad del esfuerzo ya han pasado. Un gran movimiento lleva la juventud hacia el culto de la enerjía. Hay todavía otra victoria próxima. Hemos bosquejado el programa. Es necesario llenarlo: lo más difícil aun no se ha hecho. Un gran esfuerzo ha sido realizado y, desde ahora, la opinión está plenamente conquistada. Pertenece a los poderes públicos obrar. Una ley antigua, de treinta y tres años, promulgada el 27 de Enero de 1880, cuando Jules Perry era ministro de Instrucción Pública,—y este es historia muy vieja—jamás ha sido aplicada. El Congreso Internacional de Educación Física de 1913 envió una delegación al Presidente del Consejo de entónces, quien era al mismo tiempo ministro de Instrucción Pública, la que le presentó una lista de las conclusiones que fueron mejor acogidas. Se decidió a experimentar el primer catecismo de educación física en los alumnos del liceo de Jeanson-de-Sailly. Era una experiencia más. Otras innumerables habían sido realizadas anteriormente. Todas eran concluyentes. Apesar de todo, parecía que la necesidad de implantar una reforma perdiendo un tiempo preciso no se imponía todavía. En un informe pues tene-

mos a la vista, M. Adiran Veber ha hecho alusión a este error en término de broma.

«Tan pronto, concluye, como los actos no siguen a las palabras, el Parlamento deberá transformar la petición en mandato».

Desde 1880 para los muchachos y desde 1882 para las niñas, la educación física se ha hecho obligatoria para todos los establecimientos de instrucción pública dependientes del Estado, sea de los departamentos o de las comunas. «Pero los programas de ejercicios no fueron decretados hasta 1890. Los maestros no recibieron instrucción especial para su enseñanza sino después de la creación de un certificado, lo que se hizo por un decreto de 30 de Septiembre de 1907. En fin el 1.º de Octubre de 1913, a consecuencia de las gestiones hechas por una delegación del Congreso Internacional de Educación Física, sólo han llegado a formar parte de los horarios de las clases las lecciones de cultura física, a razón de tres sesiones de media hora, o de dos sesiones de tres cuartos de hora por semana, para cada curso, sin distinción de externos ni internos.

Ciento setenta sociedades deportivas de los liceos y colegios que existen actualmente han añadido al *mínimum* oficial un complemento de ejercicios físicos verdaderamente útil. Ellas demostraron, sobretodo, que el desarrollo de los deportes, no solamente ayuda el trabajo escolar, sino que ejerce una influencia benéfica en la salud, la voluntad y buen espíritu de los alumnos.

Debemos manifestar nuestros reconocimientos a

la U. S. F. S. A. por el impulso general que ha dado al movimiento sportivo, por los campeonatos que ha creado y que ha subvencionado ántes de la guerra, y en fin por la participación que ha tomado en los gastos ocasionados por la traslación de los equipos escolares. A su vez, el Ministerio de Instrucción Pública distribuía anualmente alrededor de 12.000 francos en subvenciones a los liceos de hombres. Era demasiado poco. Los institutores alumnos que no podían recibir en las escuelas normales la enseñanza relativa a los ejercicios del cuerpo, hacían un curso en la Escuela de Joinville-Pont durante su servicio militar. Esta medida, muy juiciosa, ha hecho de nuestros futuros maestros de escuela capaces de iniciar a todos los niños del pueblo en los principios esenciales de la educación física.

*
* * *

La intensidad de la vida intelectual, las necesidades sociales y la moda en las clases acomodadas, la taberna y la dureza de la vida en las clases populares, alejan a los hombres modernos del justo equilibrio físico y moral que reinó en las sociedades antiguas. Si el cerebro griego y el cerebro latino piensan todavía a través del cerebro moderno, es porque el vigor de producción intelectual era excepcionalmente potente, pues encontraba su soporte natural en un equilibrio orgánico perfecto.

Sería cruel insistir en las anomalías de las

formas impresas al cuerpo humano por la sedentariedad, por la vida moderna; por la alimentación defectuosa y por la herencia. Tal, es salido de vientre, tal otro presenta una atrofia del pecho que exajera todavía el levantamiento de los homóplatos. A causa de las ideas recibidas, nosotros no nos apercibimos que una persona dotada de una salida abdominal es tan defectuosa y deforme como que tiene una jibosidad dorsal. Las mujeres y los hombres civilizados han perdido los signos característicos de los relieves musculares de los miembros. «Se puede decir que los más bellos brazos y los más hermosos pechos femeninos, en los ciudadanos, no son sino sacos informes, forrados en grasa alrededor de las articulaciones, y en los cuáles es imposible volver a encontrar las líneas primitivas que constituirían su belleza. Sobre este punto, como sobre tantos otros, el gusto medio está completamente alterado». Dr. Francisco Heckel (*Culture Physique*). Nuestras actitudes son modificadas por las deformaciones de la columna vertebral, por la insuficiencia respiratoria, por la insuficiencia digestiva y sobretudo por la depresión nerviosa de la que los civilizados sufren más que los otros hombres. Son estos otros tantos castigos aplicados aplicados a aquellos que desprecian el desarrollo corporal y que no se preocupan más que de la cultura intelectual.

Los corazones que desfallecen a la menor fatiga, los estómagos átonos, los hígados y los riñones deficientes son legión. Una cuarta parte de los fallecidos en París pueden ser imputados a las enfer-

medades del corazón y de los vasos sanguíneos. La anjina de pecho, la uremia, la hemorragia cerebral, las várices, la flebitis han llegado a ser de la más comunes. ¿Por qué? Porque nuestra vida se pasa en la inmovilidad, en la posición sentado o acostado, en una palabra, en la sedentari-
dad. El lujo, el confort, todos los perfeccionamientos técnicos tienden a la supresión del esfuerzo físico que es, sin embargo, indispensable a la buena salud. Sin él sobreviene la atrofia muscular, el retardamiento de la circulación, la semi-afixia permanente por falta de oxigenación, y en fin la arterio-esclerósis por sobrealimentación. El habitante de la ciudad está de pié dos o tres horas sobre veinticuatro. El resto del tiempo lo pasa sentado o acostado. Esta existencia lo lleva fatalmente a la tristeza y al pesimismo.

*
* * *

Por instinto, preferimos el hombre sano, bien equilibrado, que marcha erguido y con la cabeza levantada, al deprimido nervioso, irritable, preocupado que codea los muros de la ciudad con un paso flojo y la frente inclinada hácia la tierra.

No hemos considerado las personas de una potencia física excepcional, sino solamente individualidades equilibradas.

Tenemos para mostrar lo que el hombre normal debe ser, los espléndidos ejemplares de la estatuaría griega. Son los prototipos. Nada han perdido de su valor documentario y representan todavía en

el siglo veinte los ejemplares más hermosos que un ser humano pueda realizar.

Entre los profesionales de atletismo, se encuentran muchos hombres que no tienen de atleta sino el nombre y que son verdaderos desequilibrados funcionales. Tal no es el estado físico ideal, pues resulta de un entrenamiento excesivo y mal llevado. El punto al cual debemos dirigirnos es solamente el de elevar la raza con una enérgica educación corporal.

Tenemos en nuestra contra el misticismo de ciertas religiones que exaltaron siempre la ética en detrimento de la estética. Pero, por ciertos síntomas precursores, nos es permitido adivinar que estas religiones están dispuestas, desde ahora, a conciliar las exigencias del dogma con las aspiraciones de una raza que trata de rejenerarse y quiere vivir.

La guerra ha dado un resultado que no se había obtenido ni con las exhortaciones de los pedagogos, ni con las prédicas de los moralistas. Hoy día, muchas personas, para llegar a ser atletas pasables, están dispuestas a afrontar privaciones y a imponerse una disciplina y esfuerzos continuos.

Los médicos debieran ser los iniciadores de la educación física. Pero, encerrados en un tradicionalismo de escuela inestirpable, absorvidos por los deberes diarios de una profesión que no les deja sino muy poco tiempo libre, no parecen dispuestos, por lo ménos hasta ahora, a esparcir los principios de la educación física. Hombres de gabinete cuyo modo de vida individual no se armoniza con la

educación sportiva, los médicos están obligados a menudo a hacer un verdadero esfuerzo, que ellos consideran como una dura concesión, para aplicar a ciertos enfermos estos medios de educación y de reeducación física cuyo empleo es tan frecuentemente coronado por el éxito.

A esta crisis de iniciadores se agregan los errores que no faltan jamás al tratarse de las primeras realizaciones prácticas de ideas nacidas en la víspera. La gimnástica amorosiana ha reinado durante cerca de un siglo; se la ha reemplazado por un método venido del extranjero y que, si bien es cierto que conviene a los suecos, no es adaptable de ninguna manera a nuestra raza. El entusiasmo fué tan breve como había sido de vivo. Hoy se vuelve nuevamente a los procedimientos que pretenden simplemente ayudar al desarrollo físico normal del adolescente que realiza para el cuerpo lo que el maestro hace en el liceo para el espíritu.

Saint-Beuve ya había confesado antes que la gloria de su pontificado literario no podía, en una justa balanza, equilibrar las alegrías de un teniente de húsares. Ser una bestia robusta es un orgullo que equivale al otro. Los bonos intelectuales están hoy día a bajo precio. La naturaleza concluye siempre por tomar la revancha. La selección y el perfeccionamiento de los sujetos sanos están a la orden día. Nuestros deseos son volver a una raza escogida tanto en lo físico como en lo moral.

¿Cómo llegar a ello?

Por el equilibrio de todas las funciones orgánicas.

¿Cómo asegurar este equilibrio?

Por el movimiento bajo el sol.

La Liga de los colegios de atletas y de los estadios municipales fundada por el Marques de Pollignac ha tenido por fin generalizar un método de educación física—el de Jorge Hebert—que ha hecho sus pruebas en Lorient y en Reims. Es poco costoso, fácil y alegre; utiliza un minimum de aparatos.

Si yo insisto aquí de un modo particular sobre el método de Hebert, es porque creo firmemente que en el estado actual de nuestra raza, la salud de la Francia depende de algunas pistas para correr, de algunas vallas para saltar y de un poco de iniciativa y de buena voluntad.

En el último Congreso Internacional de Educación Física, realizado en París en Marzo de 1914, el teniente coronel Roblet, en persona comandando nuestra escuela de Joinville, presentó un informe sobre la educación física según un programa concebido tomando en cuenta las pruebas obligatorias del método de Hebert. Solo la natación quedaba facultativa. El añadía aún el restablecimiento de la barra fija tan predilecto a Amoros, y que Joinville, ayer no más, consideraba como una heregía. ¡No se puede concebir algo más ecléctico!

El teniente coronel Roblet entonaba el *de pro-*

fundis de la «Suecia pūra» de la cual Joinville había sido su templo durante algunos años, y cuya insuficiencia quedó demostrada al tratarse de educar adolescentes sanos y no convalecientes.

Hoy sabemos que los sucesos que no practican sino la lección típica sueca no adquieren ni fuerza, ni agilidad. Sabemos también que si la Suecia ha producido soldados (y esto, por otra parte, mucho antes que Ling), si en la última olimpiada ha podido exhibir excelentes atletas, es que todos sus hombres habían hecho *otra cosa*.

Esta otra cosa son simplemente los movimientos naturales frecuentemente repetidos, acompañados de un máximum de esfuerzo y amplitud y que Hebert ha tenido el gran mérito de codificar en su *método natural*.

Hemos visto a los fusileros marinos practicar, con las piernas y el tronco desnudos, ejercicios gimnásticos que no tienen nada de común con los del método sueco, como marchar, correr, trepar la cuerda lisa o subir los pórticos, luchar, saltar, levantar pesos de 20 a 40 kilogramos, lanzar la bala de 8 kilogramos, y todo esto con un ánimo maravilloso durante cincuenta minutos consecutivos, sin reposo entre un ejercicio y otro, o mejor dicho, reposando del uno por el otro.

En una palabra, en estos ejercicios no hemos visto nada que se parezca a los movimientos lentos ni a las actitudes del sistema sueco. Apenas algunos movimientos «correctivos y científicos», pero siempre acompañados de un ejercicio activo, marcha o carrera. Nada de inútiles vigilancias con res-

pecto a las «posiciones fundamentales». Ningún cuidado de «inmovilizar algún segmento del cuerpo mientras que los otros trabajan». Los monitores, desnudos como sus hombres, tan pronto vigilan como corren con ellos, se limitan a corregir los movimientos demasiado incorrectos. Lo que se pide a estos hombres no es ejecutar movimientos racionales, sino obrar lo más energicamente y del modo más variado posible.

Para los adoradores del sistema sueco, esto parecería un exceso de ejercicio y una locura, lo que, en verdad, no es más que el entrenamiento regular de todos los medios físicos del cuerpo humano, y no pieza por pieza, miembro por miembro, a la manera de una mecánica. Se trata aquí de un conjunto vivo en el cual todas las partes son solidarias.

Los adolescentes y los jóvenes no pueden todos frecuentar los colegios de atletas. Para muchos, las sesiones de trabajos físicos deben tener lugar obligatoriamente a domicilio. En semejante caso, este trabajo será hecho, o a manos libres, o con pesos ligeros, objetos pesados, ejercitadores, mazas y máquinas diversas.

El ejercicio en la pieza no debe ser considerado como el ideal. Es más bien un medio de hacer negocio. Este procedimiento concluye lo más amenudo por dar bíceps, pero no acrecienta ni la capacidad respiratoria ni la resistencia cardíaca. Sistemáticamente empleado, produce falsos atletas de músculos enormes, incapaces de correr y de producir un esfuerzo sostenido. Estos falsos profesionales de brazos nudosos, que exhiben todos los días sus hi-

pertrufias, están lejos de valer lo que tal clown, o equilibrista o juglar, menos potente, pero más diestro y más rápido. . .

Por término medio, es necesario admitir que las palanquetas no deben pasar de dos kilogramos y medio a tres kilogramos para los pesos unilaterales. Su empleo permite un gran número de movimientos, y esta multiplicidad de jestos tiene precisamente por efecto provocar el desarrollo detallado de cada facete muscular.

El empleo excesivo de palanquetas pesadas, la necesidad al principio de cada contracción, de un esfuerzo completo y brusco, tiene por efecto el favorecer el acortamiento del cuerpo muscular y el alargamiento del tendón a espensas de este cuerpo muscular y conduce rápidamente a la globización del músculo.

El trabajo en los *ejercitadores* es excelente, pero a condición de que los grupos musculares que presiden a los movimientos de flexión y de extensión trabajen sucesivamente y en las mismas condiciones de esfuerzo muscular.

Las *mazas* son sobretodo utilizadas en Inglaterra y en América. Tienen la forma de una botella de madera terminada por un cuello alargado que facilita la prehensión y cuyo peso es de una a seis libras. Son sobretodo útiles para el desarrollo de los músculos dorsales y pasan con justa razón por no presentar los inconvenientes de las palanquetas pesadas.

La técnica propiamente dicha de los ejercicios

físicos es muy delicada (1). Todo período de entrenamiento debe ser precedido de un exámen médico muy completo que se refiere sobretodo al estado de la circulación, al estado mismo del corazón, a la función respiratoria y al aparato locomotor. El estado orgánico debe ser establecido con toda conciencia, con toda exactitud, ántes de acordar el programa de los ejercicios más convenientes. La repartición de los movimientos debe ser siempre subordinada a desarrollar desde luego, las partes visiblemente atrofiadas, después de lo cual, se comenzará la fase de adaptación a los movimientos de conjunto que tienen por fin desembarazar al organismo de los residuos de la nutrición y de eliminar los tejidos de reserva suplementarios o inútiles. La fase siguiente corresponderá a la de entrenamiento propiamente dicho, en la cual el juego de los órganos se efectuará con su máximo de expansión y amplitud.

Los ejercicios utilitarios que ponen en juego un gran número de músculos a la vez, están al alcance de todos. La *prehensión* desarrolla los antebrazos los hombros y el dorso. El *lanzamiento* pone en juego los músculos deltoides y pectorales. El *pegar* desarrolla los hombros y los músculos oblicuos de la cintura abdominal. El *trepar*, ejercicio natural entre todos, fortifica el antebrazo y el brazo, la parte superior del tronco y la cintura abdominal. Hebert, en su método, no se sirve de otra gimnástica abdominal, tan eficaz le parece la influencia de

(1). Cuando no se conocen los fundamentos científicos. (N. del T.)

este ejercicio sobre tales músculos. El *levantamiento* de pesos, del que tanto se ha abusado, fortifica sobretodo los músculos de los hombros y de la región lumbar. En la tracción y desplazamientos de objetos pesados, hay que guardarse de ir hasta el esfuerzo conjetivo que puede llegar a producir accidentes serios, sobretodo en las personas de edad.

En fin, la *marcha*, la *carrera* y el *salto* representan el trabajo muscular fisiológico por excelencia. Para ser útil, la marcha debe ser efectuada a una rapidez de 6 a 7 kilómetros por hora. Ella provoca la amplitud de la respiración, la aceleración del pulso y una sudación eliminadora de tóxicos muy saludables. Conviene marchar cuotidianamente, durante un tiempo suficiente, una hora, por ejemplo, pero aumentando progresivamente la lijereza, desde el principio al fin de la sesión. La marcha conserva la juvenilidad, evita la acumulación de la grasa y mantiene la regularidad de las funciones digestivas. La multiplicidad de los medios de transporte que ha traído como consecuencia la restricción de la marcha, es la causa de que cada día se encuentren más obesos, asténicos y dispépticos.

La carrera es el mejor y más completo de todos los ejercicios físicos. Yo lo he impuesto a personas sanas y aún a algunas alcanzadas de disturbios de nutrición, y en todo caso no he tenido mas que felicitarme de ello. La marcha suscita una actividad muscular general, determina la actividad de los aparatos circulatorio, respiratorio y glandular, además que sobreactiva el automatismo nervioso. No necesita de ningún aparato, puede ser practi-

cada en todas partes, en la ciudad como en los campos y no deja tras ella ninguna laxitud. Toda persona que conserve el hábito de correr cuotidianamente se sobreoxigena y se desintoxica: dos acciones combinadas que tienen por efectos principales exaltar la vitalidad y conservar el vigor y la flexibilidad.

Los momentos del día que mejor convienen a este ejercicio son, sea en la mañana de 6 a 8 o de 10 a 12, sea en la tarde de 5 a 7. Igualmente se ha preconizado en la noche, antes de acostarse, pero conviene en todo caso que este ejercicio tenga lugar al ménos dos o tres horas después de las comidas.

El ideal es ejecutar el trabajo físico a pleno aire, con el tronco y los miembros inferiores desnudos. El atleta del aire libre es incomparablemente más vigoroso y más resistente que el de las salas cerradas. Las sesiones de entrenamiento que tienen lugar a pleno aire pueden ser prolongadas sin fatiga más largo tiempo que las que se realizan entre cuatro muros. En todas partes debían establecerse piscinas y pistas, a imitación de las antiguas palestras donde cada uno podía experimentar el triple beneficio de la aereación, de la balneación y de la insolación. El colegio de los atletas de Reims, organizado según las indicaciones de Jorge Hebert, era un modelo en su género. Allí había pistas, aparatos que permitían trepar en todas las formas, espacios con arena para los saltos, departamentos para la cura solar, galpones para abrigar a los alumnos contra la lluvia, etc. Es necesario, en

suma, espacio, árboles, luz y pistas para la aplicación del método natural de educación física del niño, y la reeducación del adulto. Los simples movimientos, marcha, carrera, salto, lanzar, trepar, para los cuales nuestro cuerpo está constituido, son verdaderamente los solos procedimientos útiles. Lo que conviene buscar, es ménos el desarrollo excepcional y curioso que la fuerza de resistencia, la destreza y el equilibrio fisiológico.

Pero, durante largo tiempo todavía semejantes instalaciones permanecerán excepcionales, pues para que se establezcan reclaman, a falta de la intervención del Estado, la de Mecenas inteligentes e inspirados de grande amor hácia la humanidad.

* * *

CASA FRANCESA

-: Santiago - París - Valparaíso -:



La Casa de las Altas Novedades



SOMBREROS.— En paño y fieltro, modelos de gran moda. Sombreros hongos, marca "Watson" marca exclusiva

CAMISAS.— En blanco y colores de moda, lisas y alforzadas. Camisas forma 'Sport'

CORBATAS.— "Gran chic" tejidas y en sederías de gran moda, modelos de alta novedad.

BASTONES.— Estilos nuevos y elegantes.

GUANTES.— De las afamadas marcas "Dents," y "Perrin", en cabritilla y gamuza

CARTERAS.— Lindo surtido recién llegado.

BONETERIA.— En lana, seda, hilo y algodón. Gran surtido de camisetas, calzoncillos y calcetines.

CIGARRILLOS Egipcios "LAURENS".— Representantes exclusivos.

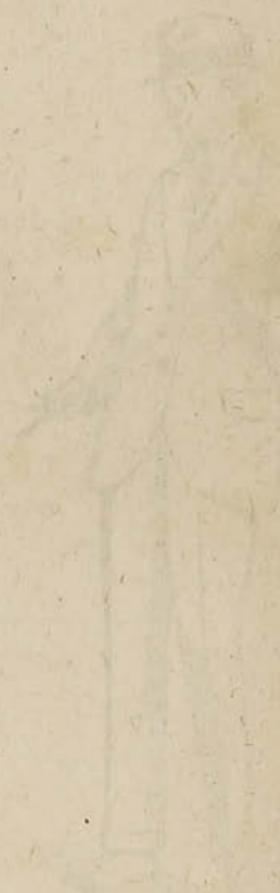
CASA FRANCESA

Establecimiento de Comercio y de Artes y Oficios

La Casa de las Artes y Oficios



El presente es un libro de
registro de las obras de
arte y de las artes y
oficios que se han
realizado en esta casa
de las artes y oficios
desde el año de 1850
hasta el presente. Este
libro contiene el nombre
de los autores de las
obras, el título de las
mismas, el año en que
se completaron, y el
nombre de los artistas
que las ejecutaron.



Impreso en la imprenta de la casa de las artes y oficios
de la calle de San Francisco, número 10, de la ciudad de México.

EN NÚMEROS PROXIMOS

- LAUTARO GARCÍA.—El Salón de Otoño.
RAFAÉL CORONEL.—Poetas jóvenes del Ecuador.
A. TORRES RIOSECO.—Gabriela Mistral.
GABRIELA MISTRAL.—Poemas.
ANGEL CRUCHAGA S. M.—Juana de Ibarbourou.
JUANA DE IBARBOUROU.—Poemas inéditos.
JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.—Chopin.
JULIO VICUÑA CIFUENTES.—Tradicción Montañesa.
O. SEGURA CASTRO.—Dualismo.
EDUARDO ZAMACOIS.—Guatemala fué.....
ALEJANDRO VASQUET.—Autopsia.
OSVALDO VICUÑA LUCO.—Alrededor de Unamuno.
MIGUEL DE UNAMUNO.—Trozos (selección)
FERNANDO G. OLDINI.—El Año Musical (1919)
REDACCIÓN: Comentarios sobre los últimos libros recibidos.
COLABORACIONES de Omer Emeth, Daniel Martner, Eliodoro Astorquiza, Luís D. Cruz Ocampo, Mariano Latorre, J. Lagos Lisboa, Domingo Melfi, Joaquin Cifuentes Sepúlveda, etc.

EN PRENSA.—De próxima aparición:

Ediciones "JUVENTUD"

La Mirada Inmóvil, hermosos poemas de *Juan Guzmán Cruchaga*, Portada y Ex-Libris de *Isaias*.

Precio: \$ 2.50

Los suscriptores de JUVENTUD tendrán un descuento de un 20 %

Precio \$ 1.00